

ILDEFONSO

MAFFIOTTE



92-7
45

DRAU

LO QUE REDIME

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS



A la Biblioteca Provincial.

El Autor

1921

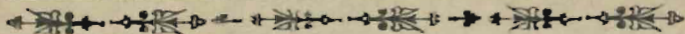
LO QUE REDIME

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Matilde	Herminia Peñaranda
Emma	Raymonde de Back
Doña Teresa	Camino Garrigó
Doña Presentación	Elvira Bernáldez
Milagritos	Cristina Ortega
Fifi	Juana Cáceres
Margot	Amelia Senisterra
Julia	J. Cáceres
María	A. Senisterra
Don Cecilio	Miguel Muñoz
Andrés	Gonzalo Delgrás
Don Félix	Alberto Contreras
Don Felipe	Celedonio Martínez
Don Prudencio	José Gil
Kean	Fernando Venegas
Manolito	Francisco Jareño
Rafael	Eduardo Salado
Un criado	Luis Gómez

La acción en una capital de provincia. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



LO QUE REDIME

ACTO PRIMERO

Gabinete lujoso de la casa de Don Felipe. Al centro, un sofá circular de alto respaldo, rematado por una estatua, una palma o cualquiera otro objeto decorativo. Primer término derecha, un velador y dos butacas. A la izquierda, diván y sillas. Dos puertas, a ambos lados del foro, abiertas a un pasillo: la de la izquierda comunica con la sala de baile; la otra figura que da acceso a la de salida. Puertas laterales. Se oye música, según lo indique el diálogo.

ESCENA PRIMERA.

MILAGRITOS, MARGOT, RAFAEL y MANOLITO. Después FIFI.

(Las chicas, agrupadas al centro, ríen de algo que ha dicho Manolito, el cual estará de pie frente a ellas. Rafael en una butaca, un tanto alejado).

MARGOT

Hijo mío, eres el número uno para tonto del circo.

MILAGRITOS

(*Marisabidilla cursi*) No ; pues tiene gracia, verdadera gracia... y «chic», mucho «chic», ese «homour» de usted. Es usted único, Manuel.

MANOLITO

Y usted un ángel, Milagritos. Usted me comprende ; usted interpreta...

MILAGRITOS

Nada de eso, amigo mío. Es usted inaccesible. Lo que ocurre es que le profeso a usted una leal amistad, una...

FIFI

(*Entrando cómicamente, por foro izquierda*) ¡ Socorro ! ; Favor ! Me ahogo, me muero... Pronto, pronto.

MARGOT

¿ Qué pasa ? ¿ Qué tienes ? ¿ Por qué ríes de esa manera, chiquilla ?

FIFI

Ahí es nada. Doña Tadea, que amenaza inundar otra vez el salón con un vals contemporáneo del «de las olas»...

MANOLITO

¡ Qué horror !

MILAGRITOS

Pero, ¿ de verdad toca esas cosas la buena Doña Tadea ?

MARGOT

Es una manía. Ella dice que lo hace por complacer... Ya sabéis que su cabeza no marcha bien. Debéis disculparla.

FIFÍ

Quita de ahí. Lo que pasa es que es de la edad del mamuth la pobre señora. ¡Tocarnos el «vals de las olas», aunque sea por aproximación! ¡Friolera! Si hasta parece que ya siento los mareos...

MARGOT

No exageres, Fifi. Ten juicio.

FIFÍ

¡Uf! ¡Qué peste a brea! ¡Qué vaivenes!... ¡Por Dios, un salvavidas! (Ríe. Pausa).

RAFAEL

Pobre «vals de las olas», tan vituperado, tan escarnecido, tan dado al ridículo y a la chacota... Sin embargo, esa musiquilla ramplona tiene su historia sentimental, su ejecutoria romántica y grata. No sabe usted cuántos corazones juveniles de antaño ritmaron sus latidos con las notas del viejo vals; cuántas amables abuelas, que proyectaron en su amor las vidas nuestras...

MANOLITO

¡Ay, ay, Rafael: tú estás enamorado! Calla, calla, pobre amigo; eres hombre al agua. (Rafael intenta hablar). Adorables bibelots y amigas mías: Aquí tenéis una víctima propiciatoria de las olas. Serás devorado, Rafael, devorado. Acuérdate de que la mujer es pérfida, como la onda...

FIFÍ

Con que una historia sentimental, un corazón que ritma con las notas... ¡Bien, bien... precioso!

MILAGRITOS

Vamos, que le callábamos a usted el secreto. Por lo visto le conmueve a usted la música prehistórica, ¿eh?

RAFAEL

Tiene gracia... En fin, ustedes perdonen. Reconozco que he estado un poco fuera de situación ; casi, casi, lindando con lo cursi, ¿no es eso?

MILAGRITOS

No ; cursi, no ; de ninguna manera. Yo estaba encantada, lo que se dice encantada, oyéndole a usted.

RAFAEL

Gracias. Eso que he dicho del «vals de las olas», la verdad, no pasa de ser un sentimentalismo trasnochado. Ahora bien ; lo que yo no me explico ni me explicaré nunca, es esa guerra feroz, atrabiliaria, que se ha declarado en los salones contra el vals. El vals, pese a todo lo que se importe y lo que se invente, seguirá siendo lo más elegante, lo más distinguido...

FIFÍ

Y lo más viejo.

RAFAEL

Conformes ; será viejo, pero no pasará nunca.

FIFÍ

Entonces, es un viejo verde. Peor.

MILAGRITOS

Ja, ja, ja... ¿Quiere usted algo más ridículo que un viejo verde? Ja, ja, ja. **(Rien todos. Transición)** Aunque

muy bien expresado, Rafael ; pero sofisticado, sofisticado puro... Uf ; no puedo con los sofismas.

MANOLITO

Ni yo. Porque, a ver, ¿quiere eso decir que el vals no sea cursi, rematadamente cursi, y que no lo bailen ya más que...?

FIFI

Eso : los cursis ; los cursis y los enamorados. ¿A qué no saben ustedes qué pareja bailó el último vals de Doña Tadea, con el pretexto de no hacer un feo a la pobre señora?... Pues, Emma con Andrés.

RAFAEL

Protesto, protesto, Fifi. Esa pareja será todo lo enamorada que usted quiera, pero nada tiene que ver con lo cursi.

FIFI

Pues, hijo, crea usted que los enamorados, a fuerza de estarlo, terminan por parecerse mucho.

MILAGRITOS

Exacto, Fifi, exacto.

RAFAEL

Algunos, no diré que no lo sean ; pero esos, de ninguna manera.

MILAGRITOS

No hablo ahora por mí. Dice, nada menos que Bourgef....

MARGOT

Déjale que diga, mujer.

RAFAEL

Por otra parte, Emma, bajo ese aspecto mimoso y frívolo, es toda una mujer, todo un carácter. Así lo afirma constantemente su *padre* Don Cecilio, y así lo creemos todos los que hemos tenido la fortuna de conocerla... Cuanto a Andrés, yo puedo atestiguar lo que valen su caballerosidad y su talento. Se trata de uno de los ingenieros jóvenes de más porvenir.

MARGOT

Es verdad. Bien claro lo dice el último triunfo que ha logrado.

FIFÍ

Sí; el triunfo que en estos momentos estamos celebran lo. Porque no cabe duda de que esta fiesta no la ha podido idear nadie más que la vanidad de Don Felipe. Nos quiere deslumbrar a todos con los éxitos de su futuro yerno... Sin embargo...

MANOLITO

El que está que trina con Andrés es su antiguo tutor, Don Félix. El trata de disimularlo, pero... bien se le conoce.

MILAGRITOS

Como que eso que ha hecho Andrés ha sido una ruindad, una ingratitud imperdonable. Atreverse con Don Félix, con su segundo padre; presentar un proyecto contra el suyo...

MARGOT

Y que ese proyecto fuera el preferido. Eso es todo.

RAFAEL

No ; aun hay más. Es que la comisión dictaminadora, no sólo apreció en el proyecto de Andrés un estudio notable de ingeniería moderna, sino que sorprendió en el de Don Félix, amañado y rutinario, un negocio en perspectiva.

MILAGRITOS

¡Cómo! ¿Se atreve usted....?

RAFAEL

Y todo el mundo, señorita. Ya eso es del dominio público.

MILAGRITOS

De todas maneras, ha sido una ingratitud. Los hombres ingratos...

FIFÍ

Suelen ser los más gratos. De eso doy fe.

MILAGRITOS

¡Oh!, qué bien supe yo conocerle. Desde el primer día en que se atrevió a insinuar... (Carraspera de Fifi).

RAFAEL

¡Ah, con que fué usted su primer amor? No sabía...

MILAGRITOS

Amor, precisamente, no. Los hombres como Andrés no aman: exploran.

RAFAEL

(Aparte) Definitivo.

MANOLITO

Por Dios, Milagros, ¿de aquello no habrá quedado nada, verdad?

MILAGRITOS

(Zalamera) Donde nunca hubo...

FIFÍ

(Con aire de misterio) Bueno... Además, y esto lo digo de manera muy confidencial y exigiendo a todos el mayor secreto, puedo adelantar a ustedes que la actitud de Don Felipe para el futuro o ex-futuro esposo de su hija, ha cambiado mucho desde esta noche.

RAFAEL

¿Cómo? ¿Y eso, por qué?

FIFÍ

No sé, no sé. Pero he sorprendido sin querer ciertos eufemismos, ciertos retazos perdidos de conversación... No tendría nada de particular que ese tan decantado matrimonio, se viniese a tierra.

MARGOT

¡Cosa más rara!

FIFÍ

Por supuesto ¡yo no he dicho nada, eh?

MARGOT

Ni una palabra... pero...

MANOLITO

¡Chist! Don Cecilio, el viejo capitán... (Aparece éste por el foro izquierda).

FIFI

¡Ay, qué bien! Tirarle de la lengua... Verás qué risa.

ESCENA II.

Dichos y DON CECILIO.

CECILIO

Se murmura, se murmura.

MANOLITO

Sí, señor; para servirle, Don Cecilio.

RAFAEL

Sólo que ahora no se murmuraba de nadie. No nos crea usted capaces.

MILAGRITOS

A mí, a mí sobre todo... Y a este caballero (por Rafael) y a Manuel..

MARGOT

Gracias, hija. Bonitas nos dejas a esta y a mí. Menos mal que Don Cecilio ya nos conoce.

CECILIO

De sobra, sí, señor; de sobra las conozco a ustedes.

RAFAEL

De esta murmuración nuestra, lo único que ha quedado mal parado es la música del vals. Mas... nosotros volveremos por sus fueros. ¿Quiere usted, Margot?

MARGOT

Con mucho gusto.

MANOLITO

A propósito, ¿cómo deja usted el salón? ¿También ha declarado usted la enemiga a la música pasada?

CECILIO

Vengo de arribada forzosa. Necesito dejar en mi cuarto un cargamento de mal humor que traigo. No quiero verme obligado a echarlo por la borda.

RAFAEL

(Saliendo; a Margot) No sabe usted cuánto diera porque fuese verdad eso de que esta música no la bailan más que los enamorados.

MARGOT

¿Aunque fuese cursi?

RAFAEL

Aunque lo fuese. (Mutis ambos)

MANOLITO

Y, ¿a qué se deben esas averías, Don Cecilio?

CECILIO

No son averías propiamente dichas. Es que el inglesito ese que se emborracha como un carretero, me ha hecho perder las amarras.

MANOLITO

¿Quién? ¿El norteamericano? ¿Kean? Compadézcale usted, Don Cecilio; compadézcale usted.

CECILIO

Qué he de compadecer, hombre. Lo que hago es padecer, y padecer un verdadero suplicio cuando le oigo decir inconveniencias y le veo dando barquinadas de extremo a extremo del salón.

MANOLITO

¡Pobre Kean! No sabe usted lo qué le pasa. Si se embriaga esta noche, diga usted que por algo es.

CECILIO

Sí; por borrachín.

MANOLITO

No sea usted implacable. Es que el infeliz tiene pendiente una cuestión personal gravísima, sin solución aparente, con Juanito Aral.

CECILIO

Otro que tal baila.

MANOLITO

Esta tarde, en el Casino, a propósito de una jugada de tresillo, se insultaron. Juanito llamó cretino y grosero a Kean, y Kean llamó bruto e idiota a Juanito...

CECILIO

¡Demonio! ¿Pues sabe usted que es esa una cuestión difícililla de dirimir?

MANOLITO

¿Conoce usted el caso? ¿Y por qué, Don Cecilio?

CECILIO

Porque... los dos tienen razón.

MANOLITO

Pero, ¿no cree usted que con la mediación de buenos amigos, retirando los insultos...?

CECILIO

No; si es en eso, en los insultos, precisamente, en lo que tienen razón Juanito y Kean.

LAS CHICAS

Ja, ja, ja. (Medio mutis Don Cecilio, por lateral derecha).

FIFI

No se vaya usted, Don Cecilio.

MILAGRITOS

No se marche, no se marche. Nos deja usted con un saboreillo agridulce delicioso en los labios.

CECILIO

Lo siento, señorita; crea usted que lo siento; pero me urge desaparecer de mis labios otro sabor completamente amargo, y, a la verdad, mis cigarrillos no son del todo urbanos. (Mutis).

MILAGRITOS

No renunciamos, sin embargo..., le esperamos a usted.

ESCENA III.

MILAGRITOS, FIFÍ y MANOLITO.

MANOLITO

Estupendo; este Don Cecilio es estupendo; piramidal... de lo más piramidal...

MILAGRITOS

Su sátira es fina y acerada como una daga, su intención...

FIFÍ

Dí que cada cosa que habla es un sinapismo, y te ahorras el discurso.

MANOLITO

De su juventud se cuentan cosas fantásticas, verdaderas locuras... Hoy ya no le queda al buen señor más que la afición...

FIFÍ

Y la lengua.

MANOLITO

¡ Oh!, de joven, de joven sí que las tiene de arroba el gran Don Cécil. ¿ Conocen ustedes el episodio con Doña Mónica, la hermana más vieja de Doña Tadea?

FIFÍ

¿ Más vieja?

MANOLITO

Mucho más, y «mochales» perdida. ¿Lo conocen?

FIFÍ

No. Cuenta, cuenta.

MANOLITO

Es algo verdaderamente helénico... hecatómbico; verán ustedes...

MILAGRITOS

(Desafinada) ; Ay! ; Un «guan»; la música de un «guan»!... ; Qué espiritual!... Bailémosle!

MANOLITO

Sí, ante todo el «guan»; tiene razón Milagros. Renuncio a mi historia... por ahora.

MILAGRITOS

Queda aplazada, entonces.

MANOLITO

Oh, es un éxito... (Ofreciéndola el brazo) Milagritos...

MILAGRITOS

Con mil amores.

MANOLITO

Me basta uno, uno solo, pero... a condición de que sea milenario.

MILAGRITOS

Zalamero... Adulador...

FIFÍ

¡ Mira estos! Vosotros, al avío. Pero ¿y yo? ¿Qué hago? Porque...

MANOLITO

(Irónico) Si quieres que avise a Kean?

FIFÍ

No, no, por Dios.

MILAGRITOS

Dices bien: él viene sin que le avisen. Aquí está.

ESCENA IV.

MILAGRITOS y MANOLITO, que salen. FIFÍ y KEAN. Luego,
DOÑA TERESA y DOÑA PRESENTACIÓN.

KEAN

(Del salón: medio ebrio). Hola, Fifí. ¿Quieres bailar conmigo?

FIFÍ

Lo mejor que tiene este es que tutea a una antes de presentarlo.

KEAN

Porque que te quiero, boba... Oye... mira... te voy a hacer un regalo... Espera... (Busca en los bolsillos del frac) Espera...

MILAGRITOS

(Saliendo) Que no olvide usted que nos debe el relato de esa picaresca historieta de Don Cecilio. Será sabrosísima; lo presumo. (Mutis Milagros y Manolito).

KEAN

Aquí está... Se desprendió del tronco, ¿ves? A mí me queda el tronco (en la solapa). Toma... Es una... una camelia.

FIFÍ

¿Sí? Pues, hijo, parece una torta.

KEAN

No... Espera... También te traigo una torta... Verás (Busca de nuevo).

FIFÍ

Bueno ; déjala : en el salón me la darás. Aquí, a solas, te tengo miedo.

KEAN

Es que con la torta te iba a dar otra cosa... otra... ¿sabes? Te iba a dar...

FIFÍ

Vamos, quita de ahí. Al salón, a bailar... ¡ si puedes !

KEAN

¿Que si puedo? Oh, ya verás. Bailo como un... bailo como un títere.

FIFÍ

¡ Lo creo !

(Inician el mutis. Entran Doña Teresa y Doña Presentación, por lateral izquierda).

TERESA

(Aplicando los impertinentes) Adiós, parejita feliz. Por lo visto, hemos venido a estorbar un idilio, ¿eh?

FIFÍ

¡Cá! ; no, señora. No era más que un simple juego de ofertas y demandas ; pero todo va a resultar música ; verá usted.

TERESA

Ah, pero si es Kean. No le había conocido... Claro ; hablabas de negocios con el rey de ... ¿de qué? Todos los norteamericanos son reyes de algo.

FIFÍ

El rey del whisky, sí, señora.

PRESENTACIÓN

Whisky... ; Jesús, qué asco! No sé cómo hay quien pueda tomar esa «horripilancia»...

TERESA

Vaya, marchen ustedes al salón ; no queremos detenerles... ; Ay, Señor : para ellos es el mundo !

KEAN

(Saliendo. Ap. a Fifi) Oye, tú : ¡ qué vieja más idiota esa que no le gusta el whisky !

FIFÍ

Vamos, hombre, vamos ; que no vas a tener tiempo de hacer el títere. (Mutis).

ESCENA V.

DOÑA TERESA y DOÑA PRESENTACIÓN

TERESA

Y bien, amiga mía : ¿ se siente usted ya más aliviada ?
(**Siéntanse ambas en el diván de la izquierda**).

PRESENTACIÓN

Oh, sí, Teresa ; mucho. Gracias. No era más que opresión. Ya sabía yo que con aflojarme el corsé, santo remedio.

TERESA

Lo celebro ; celebro que la indisposición haya pasado. Aquí podemos ahora descansar cómodamente.

PRESENTACIÓN

Y yo, por mi parte, celebro también este descanso a solas. Ninguna ocasión como esta para dar a usted mi más efusiva enhorabuena : ya sé que el matrimonio de Emma es cosa decidida.

TERESA

Sí ; gracias a Dios, nuestra hija ha sabido elegir un buen marido. Andrés es un chico excelente, caballeroso, bueno y, según dicen, de gran talento. Además, y sobre todo, quiere a Emma con verdadera sinceridad. Ya lo ha demostrado.

PRESENTACIÓN

Estará usted encantada, ¿verdad? ; y Don Felipe ; Don Felipe, sobre todo...

TERESA

Mi esposo tiene un carácter muy raro ; ya lo sabe usted. El hubiese querido exigir a Andrés un expediente de nobleza como para cruzarse calatravo. Es una manía. Por lo demás, Felipe no ha tenido más remedio que reconocer las excelentes cualidades de nuestro futuro hijo.

PRESENTACIÓN

Como que es un ángel...

TERESA

Hasta Cecilio, mi hermano, que, por no encontrar nadie a su gusto, ni mujer encontró nunca que le pareciera digna de su hogar, se ha declarado entusiasta de Andrés. Hay que ver cómo le defiende, cómo le exalta.

PRESENTACIÓN

El gran Don Cécil. Es delicioso: qué decidor, que simpático... Debe ser el ídolo de sus amistades...

TERESA

No lo crea usted. Como su táctica consiste en decir las verdades de una manera... «tamboreante», según su propia expresión, tiene muchos enemigos.

PRESENTACIÓN

¡ Enemigos ! ; Es posible ? ; Que tiene enemigos Don Cecilio ?

ESCENA VI.

Dichas, y DON CECILIO.

CECILIO

(*Entrando, dcha.*) Muchos, sí, señora, muchos. Y me gusta, me gusta tenerlos. Si algún día me faltaran creería que mi personalidad se había anulado para siempre. Entre la amabilidad hipócrita y la franca antipatía, prefiero la antipatía: es mi elemento.

PRESENTACIÓN

Es usted originalísimo. Un hombre superior; único, único: esta es la palabra.

CECILIO

Todo lo contrario, señora mía: cada vez me siento sumido más profundamente en el cieno de mi condición humana. Yo no he podido jamás, como cierto poeta diría, arrancarme del pecho la saeta que me lanzan los siete pecados capitales. A diario recibo los terribles saetazos de mis propios pecados, y, de vez en cuando, las flechas envenenadas que me lanzan los pecados mordientes de los demás. Yo las devuelvo, y esto es todo.

PRESENTACIÓN

¿Y le parece a usted poco? Quien sabe devolver de un modo tan certero los dardos que recibe, no puede ser nunca un hombre vulgar.

CECILIO

Vulgar, no ; no lo soy ; de eso estoy convencido. Y no lo soy, porque... me importaría un ardite serlo.

PRESENTACIÓN

¿Cómo?

CECILIO

Téngalo usted por seguro. La palabra vulgar como la palabra cursi, han engendrado verdaderas legiones de entes cursis y vulgares. Casi siempre, el que más se preocupa por no serlo, resulta que lo es de una manera rematada.

PRESENTACIÓN

Peregrina teoría...

CECILIO

Peregrina o no, puedo asegurar a usted que, en virtud de ella, jamás he caído en la pavorosa vulgaridad de querer ser original.

PRESENTACIÓN

Me gustaría que expusiera usted esas teorías a mi hija. Milagros las encontraría muy interesantes.

TERESA

Porque has de saber, Cecilio, que Milagritos, la hija única de nuestra amiga, posee una inteligencia privilegiada, un verdadero talento.

PRESENTACIÓN

Oh, no tanto, no tanto. Un poco estudiosa, nada más. Voluntad es lo que tiene la hija de mi alma.

TERESA

Y algo que vale, por lo menos, tanto. En todas partes se oyen entusiastas elogios...

CECILIO

Basta, Teresa. No me hables más de esa señorita. Ni usted, se lo ruego. Es un capricho mío ; otra... teoría, ¿sabe usted? Teoría que desde luego no habría de tener aplicación en la encantadora Milagros ; pero...

PRESENTACIÓN

Es usted muy amable... Y esa teoría, si puede saberse?

CECILIO

Nada ; un capricho, una manía... Es que yo he creído siempre que con las personas que no he tratado ha de ocurrirme exactamente lo mismo que con los libros que no he leído : que si me los ponderan mucho, luego... ; no me gustan !

PRESENTACIÓN

Peregrino... muy peregrino..

TERESA

(Ap a Cecilio) ; Cecilio, por Dios !

ESCENA VII.

DICHOS: FIFÍ y KEAN.

FIFÍ

(Entrando, de brazo y casi a rastras con Kean). Que no, hombre, que no. No seas jaqueca; no quiero más tortas.

KEAN

Pero, si son muy buenas, boba. Ya vez lo qué le gustan a Milagritos...

FIFÍ

Por eso..., digo, y a mí, a mí también me gustan; pero ya no puedo más. Empalagan casi tanto como tú, hijo.

KEAN

Anda, Fifí; vamos..., una sola... Mira, yo te prometo...

FIFÍ

Que no, pelma, que no. Anda, déjame en paz.

KEAN

Bueno, mujer; no te enfades... Me voy... (Medio mutis).

FIFÍ

Y haces perfectamente.

KEAN

Oye... ¿De veras no quieres otra torta, Fifi?

FIFÍ

¡Chico, eres más pesado que un rascacielo!

KEAN

Bueno, te fastidias... ¡Por boba! Ahora voy a darle una torta a Milagritos. (Mutis).

CECILIO

Y se la merece... se la merece.

FIFÍ

¡Ay, gracias a Dios!... ¡Qué inaguantable se pone cuando empina el codo! Huele a bebida hasta por teléfono.

CECILIO

Y aunque oliera a rosas por la inalámbrica, sería inaguantable también.

FIFÍ

Pero, tiene gracia... Si viera usted que..

CECILIO

Ya. No me diga usted más. Era muy de extrañar esa repentina pasión por las tortas.

TERESA

La verdad es que nunca le he conocido tan goloso.

FIFÍ

¡Ca! ¡Si no lo es! Lo que pasa es que ahora se trae una martingala nueva. Yo he tenido la culpa, sin querer.

PRESENTACIÓN

¡Una martingala! ¿Ha dicho usted una martingala...? Y dice que le va a dar una torta a Milagros....

FIFÍ

Tranquilícese usted. La martingala es completamente inofensiva. Un pretexto para ir al comedor, y una vez allí, por cada torta que una le acepta, se zampa él un púlpito enorme de ese dentrífico que llaman whisky...

PRESENTACIÓN

Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso! Ja, ja, ja.

FIFÍ

Dice que se embriaga esta noche para olvidar una cuestión personal que tiene pendiente con Juanito Aral.

CECILIO

Y mañana se embriagará también... en el almuerzo.

TERESA

¿En qué almuerzo?

CECILIO

En el que ya estará dispuesto, para celebrar la reconciliación. Ese chico es consuetudinario.

PRESENTACIÓN

Pero muy simpático.

TERESA

Y muy correcto. Yo jamás he advertido en él ninguna inconveniencia...

CECILIO

Dichoso país este donde sólo se encuentra bien lo que hacen los extraños. Si un español, de los muchos que

emigran expulsados, desterrados, por sus mismos compatriotas, cometiera en Nueva York, o en Londres, o... en Sierra Leona--que todavía no veo yo muy clara la procedencia de ese títere--la mitad de las inconveniencias que él comete aquí, se diría que era el colmo de lo ineducado y lo grosero... Es más: lo dirías tú misma, si cualquiera otro de tus invitados, paisanos nuestros, se permitiera esas libertades que tan bien encuentras en él.

TERESA

No exageres, hombre. Kean sabe llevar discretamente su buen humor...

CECILIO

¡Ah, se llama eso buen humor ahora?... Pues no lo encontrarás tan discreto cuando te haga en la alfombra... lo que la duquesa de Borgoña solía hacer en plena corte de Versalles.

PRESENTACIÓN

¿Qué hacía, Don Cécil, qué hacía la duquesa?

CECILIO

Eso... ya lo verá usted, si las tortas siguen. Y me voy, me voy no sea que vuelva y tenga yo que darle una. ¡Y que sería buena... de rechupete! (Mutis, lateral derecha).

FIFÍ

No sé por qué me estoy figurando que Don Cecilio le tiene un poco de envidia a Kean. ¡Si él pudiera...!

TERESA

Quién sabe. Yo no lo pongo en duda.

PRESENTACIÓN

(Un grito) ¡ Ay !

FIFI

¿ Qué le pasa a usted, señora ?

TERESA

¿ Se vuelve usted a sentir mal, Presentación ?

PRESENTACIÓN

No, no es eso. ; El dije, el guardapelo, la cadena !

FIFI

(Ap.) ; Se ha vuelto loca !

PRESENTACIÓN

¡ Los he perdido !

TERESA

¡ Cómo ? ¿ Pero, usted los trajo ? ¿ Ha sido aquí... o en la calle ? Recuerde usted bien.

PRESENTACIÓN

Ay, no sé, no sé, amiga mía. No lo siento por el dije —oro con brillantes— ; eso no vale nada para mí. Lo que me angustia es la miniatura de mi pobre Humberto... ; perder la miniatura !

TERESA

Calle usted... Sí. De seguro se lo desprendió usted antes, al desabrocharse en mi cuarto tocador.

PRESENTACIÓN

¡ Ay... ! ; Tiene usted razón !

TERESA

Voy por él.

PRESENTACIÓN

Y yo, yo también, Teresa. ¡Qué alegría! (Mutis ambas).

FIFÍ

Lo dicho: ¡loca! (Sale, corriendo, por foro izquierda).

ESCENA VIII.

ANDRÉS y DON CECILIO.

(Andrés, del foro izquierda, preocupado, como buscando a alguien. A poco, Don Cecilio por lat. derecha.)

CECILIO

¡Hombre, Andrés! Gracias sean dadas a todos los dioses. Venga usted acá, caballere; venga usted acá.

ANDRÉS

Le buscaba, Don Cecilio.

CECILIO

Lo celebro. Llevo media hora huyendo de la gente, de toda esa gente que parece fabricada de una manera especial para exasperación de mis nervios.

ANDRÉS

Hace usted bien en huírles. Yo también vengo asqueado, dolido... Les tengo miedo.

CECILIO

Miedo, nunca. El animal humano es cobarde por naturaleza. Sus armas favoritas son : de lejos, la calumnia ; de cerca, la baba. De modo que, con tenerle un poco de asco, nada más que de asco, ya se le hace bastante honor.

ANDRÉS

¡ Ah !, usted no sabe... Es la comida de las fieras ; la visión repulsiva de los hocicos y los dientes feroces, hundiéndose en las piltrafas todavía calientes... La manada de frac, como usted dice ; la manada devorando, devorando, entre encajes y perfumes y sonrisas...

CECILIO

Andrés, amigo mío : a usted le ocurre algo, y algo grave. Dígamelo usted, sin rodeos ; séame franco.

ANDRÉS

A eso vengo, Don Cecilio : a serlo con usted.

CECILIO

¿ Es que ha venido algún acontecimiento esperado o no esperado, a nublar ese triunfo que tanto está haciendo rabiarse al fantoche de Don Félix ?

ANDRÉS

No : eso sería poco, si no fuera nada más que ese titulado triunfo lo que aquí se juega. Sin embargo, creo que la incertidumbre que ahora me cerca, presagiando algo terrible para mi vida, data de la aprobación de ese maldito proyecto... Y a pesar de todo, no quisiera creer—; Dios me perdone!—que Don Félix, además de un... fantoche, sea un malvado.

CECILIO

¿Y por qué no? Créalo, créalo usted. Nada se pierde. Además, yo tengo mis razones para suponer que ese infatuado señor Don Félix es un grandísimo bellaco.

ANDRÉS

¿Cómo! ¿Usted también! ¿Usted sabe...?

CECILIO

En absoluto nada...

ANDRÉS

Don Cecilio, mi buen Don Cecilio: óigame usted: Hasta hace media hora, en ese salón, junto a Emma, era yo el hombre más feliz de la tierra...

CECILIO

Bien.... siga usted.

ANDRÉS

Además, y complemento de esa felicidad, una noticia que momentos antes había comunicado a Emma, a Don Felipe, al mismo Don Félix... Mi madre, a la que no veo desde niño, a la que vagamente recuerdo, pero a la que adoro, me anuncia, en una carta llegada hoy, que viene de Méjico, expresamente a abrazarme, a vivir conmigo, a reanudar la placidez de aquella pasada vida de mi infancia, que la razón de sus asuntos y de mi carrera, rompió tan inopinadamente... Y mire usted por donde, la carta en que me anuncia su próxima llegada, ha debido cruzarse con otra en que, por mi parte, le daba cuenta de mis trabajos, detalladamente, y, por último, le revelaba el gran amor de mi vida...

CECILIO

De modo que su madre de usted no sabía...

ANDRÉS

Ni acaso lo sepa hasta su llegada si, como me dice y espero, emprende el viaje inmediatamente.

CECILIO

Bien, bien ; pero hasta la fecha, amigo mío, no veo en todo eso más que motivos de satisfacción y de contento....

ANDRÉS

Verá usted. Así estaba yo de alegre, hace poco, en el salón, cuando paulatinamente, sin saber cómo, aquel ambiente afable que mi sensibilidad acusaba de manera precisa, se fué trocando en una atmósfera de desconfianzas, de celos ; de rencores, más bien. Don Felipe, momentos antes tan solícito, tan cariñoso conmigo, mirábame después de soslayo con manifiesta hostilidad, y, hasta hubo ocasión en que, al excusarme yo, no sé con qué motivo, dejóme caer un «señor mío» glacial, que me heló la sangre ; Don Félix que, venciendo su natural despecho, me había felicitado ostentosamente al entrar en el salón, evitaba mis miradas ; ese otro señor, Don Prudencio, tan ceremonioso...

CECILIO

Y tan entrometido... (Viendo entrar a Teresa y Presentación) ; Chist! (Continúan en voz baja).

ESCENA IX.

DICHOS; DOÑA TERESA Y DOÑA PRESENTACIÓN

PRESENTACIÓN

No puede usted imaginarse, Teresa, el disgusto que me hubiera dado. Figúrese usted: ¡la miniatura... mi pobre Humberto!

TERESA

¡Oh!, y que es una magnífica joya; ya se ve.

PRESENTACIÓN

¡Phs! Oro con unos cuantos brillantes...., no vale nada. Lo que tiene mayor mérito para mí es el recuerdo, Teresa; el recuerdo....

TERESA

Pues celebro en el alma haberla encontrado.

PRESENTACIÓN

Sí; hubiera sido un disgusto horroroso. ¡Oh, ni pensarlo!

TERESA

Ahora, si le parece a usted, podemos ir al salón otro pequeño rato. Allí lo pasaremos bien.

PRESENTACIÓN

Vamos, sí; donde usted quiera... ¡Ay, pero, por Dios,

no me haga usted tomar nada ! Ya ve que a horas extraordinarias me hace un daño atroz...

TERESA

(Ya en la puerta) Descuide... Pase, pase usted. (Mutis ambas).

ESCENA X.

DON CECILIO y ANDRÉS

CECILIO

Si ; puede usted creerlo : es otro gran bellaco el tal Don Prudencio.

ANDRÉS

Pero, ¿ cómo es posible : él, tan amable, tan discreto, verdadera antítesis de la procacidad y del cinismo ?

CECILIO

Desconfíe usted siempre de los hombres que no tengan algo de cínicos... Casi todos ellos suelen ser unos grandísimos socarrones.

ANDRÉS

Pero, y Don Felipe ? Porque el caso es que al pasar de nuevo por su lado, sin que él advirtiera mi presencia, oí que le decía a su amigo resueltamente : — Mi hija hará lo que yo mande ; desde mañana no le verá más.

CECILIO

¡ Demonio !... Pero, en fin ; por ese no pase usted apu-

ro. Mi cuñado es un hombre recto, inflexible, pero, en el fondo, un infeliz. Cuanto al Don Félix....

ANDRÉS

A Don Félix, en efecto, quería yo referirme. Desconfío de él, Don Cecilio. Desconfío y... le temo.

CECILIO

Puede usted temer, desde luego, cualquier venganza plebeya de su parte... Lo que no me explico, la verdad, es cómo usted, detestándole cordialísimamente, toleró tanto tiempo su papel de papá de mentirijillas.

ANDRÉS

No tenía otro remedio. Ciertamente, Don Félix no ha sido nunca para mí ese padre espiritual que muchos creen. Mi madre, al decidir marchar a América, donde la reclamaban la propiedad en litigio de unas tierras que fueron de mi padre, le encargó de mi tutela. Parece que a ello le obligaba una antigua amistad con mi familia, de la que, sin embargo, no me habló jamás. Bien es verdad que, de toda esa familia, mi madre y yo éramos los últimos vestigios.

CECILIO

De suerte que usted ha vivido solo, siempre solo, aun cuando parecía mejor acompañado.

ANDRÉS

Sí; la ausencia y la muerte se encargaron de esa labor desde que era niño. Solo, siempre solo, tolerando únicamente la tutela y la presencia de Don Félix, que era el más odioso fantasma de mi soledad... Figúrese usted, ahora, cómo yo, sediento de una pura comunión de al-

mas, me he dirigido a Emma; con qué esperanza, con qué temblor...

CECILIO

¿Y no habló usted nunca con su antiguo papá postizo, de esa inclinación pasional de su espíritu?

ANDRÉS

Jamás. Ya he dicho a usted que nunca hubo entre dos seres, aparentemente ligados por lazos de gratitud y de cariño, un abismo espiritual más grande.

CECILIO

Increíble parece que, siendo así, no hubiese usted vuelto la cabeza del revés a ese pulpo que estaba chupando su juventud, mi querido amigo. ¿Qué más tenía que ponerlo de tentaculitos en la calle?

ANDRÉS

¡Oh!, era mi madre la que lo pedía, la que lo ordenaba constantemente en sus cartas. Y así fué él quien dirigió mis estudios, quien pagó mis pensiones y mis libros; él quien sacaba mis papeles y mis títulos, quien los guardaba...

CECILIO

Los guardaba también... ¿Y con qué objeto?

ANDRÉS

No lo supe nunca; pero no era sólo eso: hasta las cartas de mis amigos, si caían en sus manos, las interceptaba... ¡Oh!, me hacía cuanto daño podía. Y es que me odiaba, me odiaba tanto como yo le odiaba a él.

CECILIO

Pues todo aquello era grano de anís, comparado con el odio que debe tenerle hoy...

ANDRÉS

Por eso, Don Cecilio, por eso le temo. Ayúdeme usted a descifrar ese enigma de rencores que ahora me cerca. ¿Qué cree usted que habrá podido inventar en mi contra? ¿Qué infamia o qué calumnia se habrá atrevido a lanzar sobre mí?

CECILIO

No sé, ciertamente; no adivino... Pero, desde luego, es muy capaz de pergeñar una de las buenas, de las de su marca...

ANDRÉS

¡Oh!, yo juro a usted que nada, ni público ni secreto, hay en mi vida que me haga indigno a los ojos de Emma y de los suyos.

CECILIO

Lo creo; estoy definitivamente seguro de ello... Y ahora, amigo mío, entro yo en funciones. Voy a enterarme, con todos sus pelos y señales, de esa artería que usted supone en circulación.

ANDRÉS

Sí, vaya usted. Aquí le aguardo, temblando de sentimiento y de miedo; pero vaya, vaya usted.

(Emma, sin ser vista, aparece por lateral izquierda y, apoyada en la puerta, contempla la escena).

CECILIO

Allá va la nave. Otra vez a navegar al garete por ese infecto mar, en cuya superficie sobrenada tanto corcho huero y tanta calabaza vacía... Y, entretanto, si no quiere usted que venga nadie a importunarle, fume uno de mis cigarrillos. Es lo más eficaz para asegurar un completo aislamiento.

(Andrés toma maquinalmente el cigarrillo, que luego dejará de igual modo sobre el velador).

ESCENA XI.

Dichos, y EMMA.

EMMA

(Irónica) ¿Se puede saber si los señores han resuelto dejar «el siglo»?

ANDRÉS

¡Emma!

CECILIO

Hola, pitusa. Adelante: tú eres de los nuestros. (Como atajando a Andrés) ¡No fume usted!

EMMA

Muy bien, «tito» Cecilio: ¿con que era usted quien le tenía secuestrado? Ya podía yo esperar a mi futuro... imperfecto toda la noche. Si no es por Kean y Don Pru-

dencio, que me han obligado a salir huyendo del salón, no te vuelvo a ver; estoy segura... Muy bien, muy galante, caballero.

ANDRÉS

¿Don Prudencio, has dicho? ¿Que le has huído?

EMMA

Primero de Kean, y luego de la «Prudencia andando», como mamá le llama. Kean ha descubierto un procedimiento para que no le haga daño el whisky: antes de ingerirlo, toma una torta...; pero no la toma él, sino la chica que le acompaña. Excuso decirte: vino a plantearme la cuestión de las tortas, y no tuve más remedio que escapar. Hasta Doña Presentación ha prohibido a Milagritos que vaya con él. Dice que le va a dar «tortícoli»..., en el supuesto de que eso sea un cólico de tortas.

ANDRÉS

Bien, pero Don Prudencio...?

EMMA

La «Prudencia, la Prudencia andando». ¡Oh!, eso ya fué más grave. Se me acercó, tan ceremonioso y tan escurridizo como siempre, para hablarme de cosas serias, de cosas transcendentales... Del acatamiento que se debe a la autoridad de los padres, sobre todo cuando éstos son un modelo de virtud y de austeridad; de la sagrada misión que a tales padres impone la propia conciencia y el celo del hogar, encargándose de velar por el honor y el lustre de las familias, particularmente en la persona de los hijos.

CECILIO

¡Curioso ejemplar de animal doméstico! Es egoísta

como el gato, servil como el perro, charlatán como el loro, hipócrita como el hombre...

ANDRÉS

Y tú, ¿qué has contestado? ¿Cómo has huído de él?

EMMA

Pues, diciéndole, sencillamente: «Siento en el alma, mi señor Don Prudencio, que todo eso tan bello y tan hermoso que me ha dicho, lo hubiera ya leído en no sé qué libro de la «Biblioteca de las Familias». Y si, por un acaso, esas máximas morales que ha tenido la amabilidad de repetirme, son la preparación de mi humilde persona para el sacrificio, debo significarle, con todos los respetos, que pierde usted el tiempo»... Y, nada más. El pobre señor se quedó con tres palmos de narices pegados a la pared, y yo me escabullí por la puertecilla del cuarto de tocado, previendo que no habría de ser ese el único sermón de la noche, ni el bueno y jabonoso Don Prudencio la sola persona encargada de predicármelos... ¿Eh; qué tal?

CECILIO

Admirable, pitusa. Buen principio... Y, ahora, les de-
jo; pero... (A Emma) oye: no creas que se trata de una
salidita discreta, ¿eh? Es que tengo algo muy importan-
te que hacer. Nada menos que un recorrido en crucero por
nuestro pequeño mar alborotado. Mi olfato de marino vie-
jo barrunta la tormenta; pero la venceremos, la vence-
remos... Adiós, grumetillos. (Mutis, foro izqda.)

ESCENA XII.

EMMA y ANDRÉS.

ANDRÉS

Emma, querida mía, ¿tú has dicho eso? Bendita seas.

EMMA

Sí, señor; lo he dicho; pero muy bien pude haberme lo ahorrado, a no ser por los desvíos de cierta personilla ingrata, que prefiere las conversaciones graves y sesudas en los gabinetes solitarios, a las adorables tonterías que me decía en plena fiesta. De modo, que cada cual a lo suyo: quédese aquí esa personilla insignificante, mientras yo voy a gozar de mis encantadoras frivolidades al salón.

ANDRÉS

No, Emma, no; espera. Necesito hablarte. Es absolutamente preciso que hablemos... ahora mismo.

EMMA

Pues ¿sabes tú que tienes una manera muy original de expresar los deseos? Por las trazas, cualquiera lo diría...

ANDRÉS

Oye; si te dejé antes, para venir en busca del tío, fué porque me era preciso hablarle de ti, de mí, de nuestro cariño... Hoy más que nunca necesito poner una esperanza en él.

EMMA

También me gusta la manera de adquirir esa esperanza. Me parece que habrá de ser otra persona que no mi tío, la única que pueda dártela.

ANDRÉS

Es que estoy acosado por todas las angustias de la duda, Emma; es que hoy parece que me rodean enemigos terribles y mortales; y temo, temo por nuestro amor... Y esta duda necesitaba yo comunicarla a alguien antes que a ti, mi alma; necesitaba primero de una orientación, de un consejo, que en cierto modo refrenaran mis instintos pasionales y me devolvieran el sano juicio.

EMMA

¿Sí? ¿Pues sabes lo qué te digo? Que a pesar de tus dudas terribles y del tono patético con que las pintas, tu sitio estaba allí, en el salón, junto a quien yo sé; y no a hurtadillas en los gabinetes apartados, huyendo de quien... no debes y expuesto nada menos que a fumarte un cigarro de los que usa el tío... Ya puedes decir que me debes la vida, gran... temerario.

ANDRÉS

Tú me comprendes, querida; tú sabes—estoy seguro de que lo sabes—que existen motivos para que yo me atormente y desespere, ante la proximidad de algo amenazante, que es todavía un enigma; tú, a pesar de esa aparente y piadosa inconsciencia que finges, también dudas, también temes... Por eso quiero hablarte; saber si ante el objeto de esos temores, somos dos para afrontarlo, o me he de quedar yo solo, indefenso, vencido... Necesito saber si de verdad me quieres, si me querrás siempre y por encima de todo.

EMMA

(Frívola) Si vieras que siento en el alma tener que contestarte que no... Precisamente hace unos momentos estaba pensando en eso. ; Qué coincidencia, verdad?

ANDRÉS

Por Dios, Emma: no me atormentes ; no te goces en aumentar esta angustia que me ahoga. En las grandes crisis morales, como esta que ahora sufro ; cuando el alma, henchida de cariño, naufraga sola, y cifra su salvación únicamente en la piedad y el cariño de otra alma, no sabes tú cómo suenan a crueldad y martirizan esas palabras de broma... Emma, óyeme ; tú sabes la causa de esa duda angustiosa..., tú la sabes ; ¿ verdad que tú la sabes ?

EMMA

(Con súbita seriedad) No sé a qué te refieres... Sólo sé que me arrepiento de haber dicho lo que dije a Don Prudencio.

ANDRÉS

¿ Por qué? Dijiste lo que debías decir.

EMMA

Sí ; pero lo dije demasiado pronto. Si hubiera sabido esperar... tal vez pudiera decirte ahora lo que tú deseas saber.

ANDRÉS

Cierto. Luego... es verdad que tú también dudas ; que tú, como yo, temes por nuestro cariño, porque lo ves espíado, maldecido, amenazado...

EMMA

Repito que no sé a qué te refieres. Pero cree que importa bien poco que espíen nuestro cariño, cuando soy yo la primera en proclamarlo llena de orgullo; está seguro de que pierde el tiempo quien lo maldiga, cuando yo lo encuentro santo y bendito; y advierte que mal podrá nadie amenazarlo, mientras esté firme su raigambre en nuestros corazones.

ANDRÉS

¡Emma; vida mía!

EMMA

Los grandes cariños, Andrés, no tienen más que un enemigo probable y temible: el propio corazón, por si llega a traicionarlos, o... a dejar de ser cariño. Pero mientras el corazón los guarde con la misma fe que los creara, nadie habrá sobre la tierra capaz de vencerlos ni alterarlos.

ANDRÉS

Dios te premie esas palabras, mi buena, mi única... ¿Así es tu cariño, verdad? Como el mío, inalterable, eterno...

EMMA

¿Eterno? Cuida bien las palabras, Andrés. Hablas de eternidad para un cariño, sin contar que ese cariño habrá de vivir... lo que quiera que viva, en el corazón—su terrible enemigo. ¡Ah! Dice bien el tío Cecilio: es un demonio saturniano el corazón: se complace engendrando los amores para luego devorarlos... Y ¿qué sé yo; qué sabes tú de tu propio corazón? Si mañana, o pasado, o andauado el tiempo, mal que te pese o a tu completa sa-

tistacción, devora mi cariño, ¿cómo íbas a responder luego a esas promesas de eternidad?

ANDRÉS

Si para lograr esa eternidad en la comunión de nuestras almas, bastara el ansia más noble de toda una vida, eternamente viviría nuestro amor, en la tierra y fuera de la tierra.

EMMA

Así... tal vez. Porque no basta querer; es preciso que haya la voluntad de querer al mismo tiempo.

ANDRÉS

Toda mi voluntad; toda esta fuerza de voluntad que yo siento hervir en la sangre y bullir en el cerebro, está al servicio del amor..., de este amor inmenso que de ti lo espera todo.

EMMA

No olvides lo que has dicho. En amor, más que retener lo que se oye, importa no olvidar lo que se dice. Las contradicciones en amor son siempre de un efecto cómico lamentable.

ANDRÉS

Y a este gran cariño mío, ¿respondes tú, Emma? ¿Serías capaz de todos los sacrificios y todas las rebeldías por defenderlo? ¿Tendrías el valor de rechazar cualquier imposición, cualquier mandato...?

EMMA

(Repentinamente frívola; interrumpiendo) Oye, oye... ¿sabes que este gabinete ejerce una influencia peligrosísi-

ma sobre los ánimos? Apenas hace cinco minutos que estoy aquí, y ya me he disparado a filosofar casi con la misma gravedad de la «Prudencia andando»; y tú, que no se diga: has adoptado un tono lacrimoso que parte el alma. ¡Vámonos, hijo, vámonos de aquí, a reír, a bailar, a decir tonterías...!

ANDRÉS

Chiquilla, no seas loca; piensa que atravesamos un trance difícil de nuestra vida...

EMMA

¡Ca! No pienso semejante cosa: primero, porque no existen tales dificultades hasta el presente; y luego, porque, aunque existiesen, no habría de ocuparme de ellas hasta el momento de vencerlas.

ANDRÉS

Advierte que una incertidumbre cruel me acongoja y me acobarda; que sin el auxilio de tu amor—que yo aspiro a que sea inquebrantable y fuerte—naufragaría sin remedio. Dime una vez más que puedo fiar en ti, que me quieres y me querrás siempre...

EMMA

Te dije, al principio, que no; luego que sí; y ahora, como no has quedado conforme, está otra vez en turno la negativa. Con que; te has lucido!

ANDRÉS

Me atormentas, mi vida; me martirizas.

EMMA

Bueno... Aunque no sé una palabra de esos trances difíciles ni de esas congojas, que supongo hijas de tu

vertiginosa fantasía, accedo a dejar las cosas como estaban. Te diré que sí, que te quiero, para que haya empate, y... (con pasión súbita) para que lo sepas, Andrés mío; para que lo sepas una vez más, porque sí, te quiero, te quiero con toda mi sangre..., te quiero y te admiro.

ESCENA XIII.

Dichos, y DON CECILIO.

(Al entrar, fero izqda., Don Cecilio tose para que se advierta su presencia. Emma y Andrés contienen una exclamación de sorpresa).

CECILIO

Ejem... (Pausa) Vale la pena de que se fije usted en el valor de esas palabras que acaba de escuchar: «Te quiero y te admiro». Son todo un libro. El simple cariño, por muy hondo que sea, lleva casi siempre aparejado un sentimiento de ternura compasiva, de conmiseración o dulce pena, que coloca en un plano inferior al objeto querido; y la admiración a secas, sobre todo cuando el ajeno mérito la justifica, rara vez deja de entrañar odio o envidia; pero cuando se quiere y se admira, es que ya se ha llegado a los límites de la adoración.

EMMA

Ya lo oye usted, don... ansioso. Y confiese que le da un poco de rubor eso de que tenga otro que interpretar lo que usted debió comprender con sólo una mirada.

ANDRÉS

¡ Emma!

CECILIO

Bueno ; pon que lo ha comprendido, y basta de ternezas, mocetes. No conviene embelesarse escuchando el canto de las sirenas, cuando la escuadra enemiga se halla próxima. Dentro de poco estarán aquí Don Félix, tu padre, y el imprescindible Don Prudencio, a remolque con tu madre... Desde luego se advierte que Don Félix viene en son de guerra : trae un clavel que parece un fogonazo.

EMMA

¿ Sí? Pues yo escapo. ¡ Menudo bombardeo de consejos, si me coje a tiro la « Prudencia andando »!

CECILIO

Rastreando ;... dí rastreando, y dirás mejor.

EMMA

Vámonos, hijo, vámonos, que nos acribillan. (Intenta el mutis por foro izqda.)

CECILIO

No ; espera : tú por aquí. (Lat. izqda.) Andrés irá solo por esa otra puerta. (La del foro).

EMMA

¿ Y eso?

CECILIO

Tú, déjame hacer. Se trata de un plan sencillito, pero estratégico ; y empieza así, con un pequeño movimiento envolvente... Luego, ya veremos.

EMMA

¡ Ay, «tito», «tito»..., tú has comido tortas!

CECILIO

Vamos, pitusa, vamos; sé obediente. Te aseguro que importa mucho que no te vean aquí los graves doctores.

ANDRÉS

Anda, vé, mujer...

EMMA

Pero ¡ qué de líos, qué de enredos os traéis! ¡ Y qué de misterios! ¡ Uf!... Sin embargo, me voy... Me voy, pero conste que si todo esto resulta una engañifa para alejarme de vosotros, mi venganza será tremenda: haré que venga Don Prudencio de verdad.

CECILIO

Anda, nena, anda; no pierdas el tiempo.

EMMA

Bueno; adiós... (Pausa) ¡ Adiós!

CECILIO

Adiós, pitusa.

ANDRÉS

Adiós... hasta ahora mismo.

EMMA

¡ Que te espero, eh?

CECILIO

Sí: irá enseguida; pero vete, vete: sé buena...

EMMA

Oye... que te espero... (Mutis, lateral izqda.)

ESCENA XIV.

ANDRÉS y DON CECILIO.

ANDRÉS

¿Qué ha pasado, Don Cecilio? Dígamelo usted, por Dios... Por cruel, por terrible que ello sea, no importa.

CECILIO

Se lo diré, amigo mío; pero... cuando pase, cuando ocurra...

ANDRÉS

Pero, ¿esa cita de Don Felipe y sus amigos en este gabinete? ¿Esa reunión, ese misterio...?

CECILIO

Presumo que va a improvisarse aquí un consejo pre-vio de familia. Un consejo mixto, con sus correspondientes asesores, sus entrometidos correspondientes...

ANDRÉS

Tiemblo, Don Cecilio; me da miedo todo ese aparato...

CECILIO

Aparato... inquisitorial, ¿no es eso? Pues bien; no hay por qué esos temores. Yo seré inquisidor con ellos; pero en secreta concomitancia con el reo—en el supuesto de que el reo sea usted.

ANDRÉS

Lo seré; seré condenado...

CECILIO

Dentro de poco sabrá cuanto desea saber, por cruel, por terrible que ello sea.

ANDRÉS

Gracias ; gracias...

CECILIO

Y, ahora, marche usted tranquilo. Confíe... en ella.

ANDRÉS

Yo quisiera...

CECILIO

Silencio. Ya se acercan los inquisidores. Váyase usted.

ESCENA XV.

DON CECILIO, DON FELIPE, DON FÉLIX, y ANDRÉS (que sale).
Después, DOÑA TERESA y DON PRUDENCIO

(Don Félix y Don Felipe, que vienen hablando, callan de improviso, al encararse con Andrés, que estará de espaldas al público. El primero esquiva sus miradas, mientras el segundo le contempla con severidad unos instantes, y prosiguen ambos hacia el primer término. Andrés vacila, como si pugnase por hablar ; pero Don Cecilio le insta, casi le empuja, para que se marche).

CECILIO

Vaya, Andrés, querido amigo; no olvide que lo están aguardando.

(Andrés sale resignado. Ya en la puerta, se vuelve, en actitud de súplica. Don Cecilio le indica con un ademán que puede marchar tranquilo. Sale Andrés).

CECILIO

Y bien, Felipe, ¿puedo saber a qué obedece esta especie de consejo familiar, tan extemporáneo?

FELIPE

Lo sabrás dentro de un instante, cuando llegue Teresa. No ha de tardar. Prudencio es el encargado de rescatarla a la oficiosidad de sus amigas... Se trata de algo grave, que interesa a toda la familia por igual.

CECILIO

En ese caso, y si de algo grave y familiar se trata, permíteme que me sorprenda un poco de ciertas ingerencias extrañas... Dicho sea con todos los respetos a mi señor Don Félix...

FÉLIX

¡Oh!, por mí...

TERESA

(Que llega, desprendiéndose del brazo de Don Prudencio).

¿Pero, es posible lo que Don Prudencio dice?... ¿Es cierto que las relaciones de Emma con Andrés no pueden continuar, sin que supongan una afrenta para todos?... Por Dios, Felipe, habla.

FELIPE

Así es, desgraciadamente... Esa señora de quien Andrés nos habla con tanto entusiasmo y tanto cariño, su madre, es... UNA PERDIDA. Andrés no tiene nombre; es hijo del escándalo y del lodo.

TERESA

¡ Jesús! ¡ Pobre hija!

CECILIO

¡ Pobre Andrés!

FELIPE

Es un producto abominable del deshonor y el vicio más abyecto; es... un desgraciado. Pero de ninguna manera puedo consentir que esa desgracia, que al propio tiempo es un baldón, cubra de ignominia el nombre de esta casa...

TERESA

¡ Dios mío! Pero esa... mujer iba a venir; Andrés ha dicho que acaso estuviera aquí de un día a otro...

FELIPE

Sí; llega a tiempo de contemplar su obra.

PRUDENCIO

Y a tiempo de hundirse más en la vergüenza, precipitando en ella a su propio hijo, a la vez que de salvar la honra de los Monteblanco cuando estaba a punto de hundirse también.

TERESA

Pero, ¿ cómo has podido saber..., quién te ha dicho... ?

FELIPE

Siempre hay un amigo leal en los momentos extremos y de peligro. Y ese amigo... aquí le tienes. (Por Don Félix).

TERESA

¿Usted?

FELIPE

Don Félix... (Se estrechan las manos) A usted le debemos el honor y la salvación de mi casa. Gracias ; muchas gracias.

FÉLIX

No he hecho más que cumplir con un deber, harto doloroso, que me imponía la buena amistad de ustedes, el cariño que aquí se me dispensa.

CECILIO

Yo también le doy a usted la mano... Ha hecho usted la más honorable de las bellaquerías.

FELIPE

¿Cecilio!

FÉLIX

¿Caballero!

CECILIO

Caballero ; sí, señor. No a todos se les puede llamar del mismo modo.

FÉLIX

¿Qué quiere usted decir?

CECILIO

Diga que aquí, en esta casa, en esta sociedad toda, cada cual sabe quién es cada cual. Y por esto, porque todos somos de carne y hueso—con más o menos hueso que roer—, he venido en la cuenta que lo más sano y lo más cómodo sería la indiferencia y el perdón, o... el desprecio, si a usted le parece más comprensivo.

FÉLIX

Quiero suponer que no se refieren a mí esas palabras.

CECILIO

No en absoluto... Lo que pretendo es recordar a todos la conveniencia de no olvidar; de que tenga cada cual presente sus propios pecados y hasta sus crímenes secretos; de ser dúctiles y tolerantes; de empezar apiadándonos de nosotros mismos, para luego sonreír con benevolencia y con piedad de los demás... Nadie, ni aun siéndolo conscientemente, sabe por qué es malo ni por qué es bueno. Sólo sabe que en el mal como en el bien, encuentra un regocijo y un deleite... Seamos, pues, buenos o malos, con entera libertad, con absoluta franqueza, sin que la bondad conquiste aplausos ni el mal censuras... Yo no censuro, yo no abomino su actitud, pero la califico según mi punto de vista. Lo que para estos es un rasgo generoso y noble, para mí es una solemne bellaquería.

FELIPE

¡Qué dices, Cecilio! Pero es que te atreves, en estos momentos precisamente...

CECILIO

Si todos hiciéramos honor a lo que sabemos de los demás para tomarnos la mortificación de parangonarlo con

lo que cada uno de nosotros es, pronto acabaríamos por obtener plenamente la felicidad, la única felicidad habitable entre los hombres, y cuyo secreto está en que nadie se ocupe de nadie, ni se preocupe de nada que no sea suyo o pueda serlo.

FELIPE

Acabarás por volvernos locos... Vamos, no haga usted caso...

CECILIO

(Mirando con intención a Don Prudencio) El inconveniente está en que, según el vulgar aforismo, ningún camello se ve su joroba... ; cosa que yo me explico a mil maravillas, porque sé que por esos mundos de Dios andan multitud de seres «sin joroba» y que, no obstante, no pasan de ser, a veces, unos perfectos y modestísimos camellos.

FELIPE

¿Te quieres callar? Era lo que faltaba. Una bufonada en estos instantes.

CECILIO

(Mirando de igual modo a Don Felipe) Otros hay —otros seres— que viven seguros de su propia sublimidad y de su grandeza, porque al mirar hacia su interior, lo ven obscuro... y lo confunden con un abismo. La verdad es que si, como dicen, de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso, ellos tienen razón : ¡ están muy cerca de lo sublime!

FELIPE

¡ Al demonio que te entienda! (Volviéndole la espalda).

TERESA

¿Y Andrés lo ignoraba todo? (A D. Félix).

FÉLIX

Su madre—y yo, por mi parte—, hemos hecho todo lo posible por que así sucediera. Sin embargo, nadie sabe...

PRUDENCIO

No tiene nada de particular. Casi todos los hijos, cuyas madres han faltado a sus deberes, lo ignoran siempre. Esas cosas no se saben nunca, excepto cuando adviene una revelación suprema, a la hora de morir.

CECILIO

Cierto. Lo mismo le ocurre a los maridos... (Don Prudencio salta, como si le picara una víbora).

TERESA

¿Y no llegó a casarse nunca esa pobre mujer, verdad?

FÉLIX

No, señora. Tuvo un amante, el padre de Andrés, que luego la abandonó en esa triste vida de oprobio...

TERESA

¿Y su familia?

FÉLIX

Distinguidísima, señora, distinguidísima. Una muy rica familia del Norte, que quedó anonadada, deshecha, por la desgracia.

FELIPE

Y, naturalmente, abandonaría en el acto a esa... mala hija...

FÉLIX

Lo habría hecho, de seguro; pero no fué preciso. El carácter altivo de Matilde, ni a la idea del perdón ni al abandono podía amoldarse... Así me lo dijo, en horas de una muy amarga confesión, y así lo cumplió estrictamente... Fué ella quien abandonó su casa.

CECILIO

¿Sería indiscreto preguntarle, mi señor Don Félix, a título de qué *intervenia* usted tan directamente en esos asuntos?

FÉLIX

Yo... era un antiguo amigo de aquella familia, y, no habiendo sido herido tan de cerca por el desvío de la hija, creí un deber protegerla siempre, cuanto pude... Luego murió el padre de Andrés, dejando a Matilde su menudada fortuna. Yo no por eso retiré mi protección: al contrario. Me consagré a una función más difícil todavía. La de educar a Andrés lejos de su madre, a espaldas de una vida cuya verdadera historia no quisiera conocer; la de hacerle hombre y colocarle en condiciones de alcanzar la posición que ocupa, libre, en lo posible, de un estigma infamante.

PRUDENCIO

¿Y así le ha pagado a usted! Con la más ruin de las traiciones... Al fin y al cabo, hijo es de quien es.

FÉLIX

Yo comprendo que esta revelación tiene casi el aspecto de una venganza...

CECILIO

Menos mal, si lo comprende usted.

FÉLIX

Pero no es así, no : lo juro. Es que entre la honorabilidad de ellos, que no la tienen, y la de esta casa, la de esta casa es la primera...

FELIPE

Gracias, amigo mio ; gracias.

FÉLIX

Y entre la amistad de esta casa y la de quien tan mal paga, prefiero esta que tanto me honra.

PRUDENCIO

Muy bien, muy bien. La caballerosidad ante todo.

TERESA

¿Qué horror, Dios mío ! ; Qué desgracia !

FELIPE

En resumen. Estoy firmemente decidido a evitar, como quiera que sea, que la vergüenza que ha caído sobre esa pobre gente, alcance a mi hija y nos confunda a todos. Esta es mi última palabra.

CECILIO

Y la que ha de pronunciar el corazón de Emma, ¿sabes cuál es ?

FELIPE

Ni me importa. Mi hija hará lo que yo le mande.

CECILIO

Si no es tu hija ; sino su corazón. Vosotros habéis llegado a creer que se puede influir sobre los dictados del alma, y, en eso, sufrís la más lamentable de las equivocaciones. La acción de obedecer no es directa, aunque el que ordena lo ignore casi siempre. Pensad, sin embargo, que cuando se dice a una persona : « haz esto », esa persona a su vez ha de ordenárselo a sí misma : « haz esto, hazlo, no hay más remedio » ; y en virtud de esa transmisión de órdenes sucesivas, la obediencia se logra. Pero sería locura intentar la obediencia en un corazón extraño, cuando ese corazón no lo puede dominar ni su dueño mismo.

FELIPE

Bah ; teorías... Hay deberes y principios que están por encima de todo eso.

PRUDENCIO

Y si al menos se hubiesen guardado las apariencias... Pero sepa usted que esa... señora, viene, todavía hermosa y casi joven, a continuar aquí, donde vive su hijo y tiene su mayor arraigo esta dignísima familia, el escándalo de su vida.

FELIPE

Nada. Para este problema no hay más que una solución : romper violentamente esas relaciones, y ponernos luego a salvo de las salpicaduras de tanto lodo.

CECILIO

Es admirable la confianza con que abordáis los problemas a términos vistos. Cómo se advierte que sabéis de

antemano la solución y estais seguros de que habrá de ser favorable a eso que llamáis vuestros principios. Sin embargo, si esos problemas carecieran de términos conocidos; si se complicaran hasta el punto de ofrecer, en vez de uno, dos conflictos antagónicos y extremos, ya veríais cómo la solución no era tan fácil para vuestro egoísmo. Entonces no seríais vosotros, sino la vida, la vida, soberana y fuerte, la única capaz de resolverlos.

FELIPE

En el caso presente, todo está claro. No hay más que evitar el contagio de una afrenta.

CECILIO

Cuidad, cuidad, sin embargo, de que el problema no se complique.

ESCENA XVI.

Dichos, y EMMA.

EMMA

(Que se asoma por foro izquierda, sin entrar).

Pero, mamá, ¿dónde te metes?

TERESA

(En voz baja) Emma aquí... Por Dios, ni una palabra ahora.

EMMA

Ya es hora de que los invitados pasen al comedor, y estoy yo sola para atenderlos a todos. ¿Vienes?

TERESA

Tienes razón, hija. Voy enseguida.

FÉLIX

Señora, a sus órdenes. (La ofrece el brazo).

PRUDENCIO

Me atrevo a solicitar de usted igual honor, Emma.

EMMA

El honor es para mí, Don Prudencio...

PRUDENCIO

Oh, mil gracias...

EMMA

Pero... lo declino. No me perdonaría nunca el no poder atender a su conversación, siempre tan original e interesante, por estar pendiente de esas minucias de la etiqueta.

PRUDENCIO

Como usted guste.

EMMA

De todas maneras, muy agradecida, y... hasta luego. (Desaparece).

FELIPE

Vamos... Todavía por esta noche no es prudente que sepa nada.

(Salen todos, menos Don Cecilio).

ESCENA XVII.

DON CECILIO. Después RAFAEL y UN CRIADO.

CECILIO

(Después de una pausa) Demonio, demonio...

(Otra pausa. Medita. Rafael entra por foro izquierda y, siguiendo por el último término, va a ganar la puerta derecha del foro. En este momento le sorprende Don Cecilio).

CECILIO

Eh, tú ; mozo...

RAFAEL

(Volviéndose) Siempre a sus órdenes, Don Cecilio.

CECILIO

Carape... Usted perdone: le había confundido. ¿Se marcha?

RAFAEL

Sí, señor ; necesito recogerme temprano. Mañana a primera hora he de ventilar asuntos de cierta gravedad.

CECILIO

¡ Ah !, vamos. Usted también es de los del almuerzo.

RAFAEL

¿Cómo?

CECILIO

Nada ; no me haga usted caso. Que descanse usted.

RAFAEL

Muy buenas noches. (Se despiden, y gana Rafael la salida).

CECILIO

Vaya ; adiós.

(Don Cecilio vuelve al primer término, en la misma actitud meditativa. En el pasillo, a través de la puerta derecha del foro, se ve a un criado que da el sombrero y pone el gabán a Rafael. Este hace mutis, y el criado, por el último término, cruza la escena para ganar la puerta izquierda).

CECILIO

Caballero, caballero... ¿Tiene usted la bondad?... Un momento.

CRIADO

(Volviéndose) ¿Desea algo el señor?

CECILIO

¡Carape! Cuando se llama a los criados, responden los señores, y cuando a los señores, les falta tiempo a los criados para darse por aludidos. Indudablemente, vamos a pasos gigantescos hacia el equilibrio social. Por ahí se empieza : por colocarse cada uno en el verdadero lugar que le corresponde.

CRIADO

Suponía que deseaba el señor alguna cosa...

CECILIO

Sí; mira: vé al comedor... Allí estará el señorito Andrés, con la señorita Emma...

CRIADO

Sí, señor...

CECILIO

Bien. Le dices que se excuse, y que venga en seguida..., que le necesito con urgencia.

CRIADO

Está bien, señor. (Mutis. Otra pausa).

CECILIO

Demonio, demonio... ¡y demonio!

ESCENA XVIII.

DON CECILIO y ANDRÉS. Al final, EMMA.

(Don Cecilio pasea preocupado. Después de una pausa, llega Andrés, con la ansiedad y el temor reflejados en el semblante).

ANDRÉS

¿Qué...? ¿La muerte verdad?

CECILIO

(Severo) Calma, Andrés, calma.

ANDRÉS

Hable usted... Se lo suplico.

CECILIO

Hablaré, sí; lo he prometido; pero antes necesito pulsar su temple; saber hasta dónde puede llegar en el vértigo de mis revelaciones.

ANDRÉS

Pronto... pronto.

CECILIO

Andrés... usted es un hombre entero, ¿verdad? ¿Un hombre capaz de resistir las más recias acometidas del infortunio, con valentía, con firmeza?

ANDRÉS

Sí, lo soy. La duda es lo que me acobarda y me mata. Yo prefiero la verdad, toda la verdad, aunque ella sea la muerte también.

CECILIO

Y usted conoce mi franqueza, mi rudeza, ¿no es así? ¿Esta sinceridad brutal de mi carácter, que me hace abordar las cuestiones al desnudo, de un solo tajo...?

ANDRÉS

Sí; y es de ese modo como quiero que se plantee la que a mi vida se refiere...

CECILIO

¿No se arrepentirá usted de haberme oído?

ANDRÉS

No.

CECILIO

¿Aunque se trate de algo muy triste, muy doloroso de su vida ; de algo que las gentes miserables confunden con el honor ?

ANDRÉS

¿Cómo ?

CECILIO

Conteste.

ANDRÉS

Aunque de eso se trate.

CECILIO

¿No me guardará usted rencor, por muy cruel, por muy terrible que sea lo que le diga ?

ANDRÉS

No.

CECILIO

¿No cometerá usted, luego, ninguna locura ?

ANDRÉS

No... sé.

CECILIO

Lo exijo.

ANDRÉS

No la cometeré.

CECILIO

Está bien. Siéntese...

(Pausa. Se sientan ambos al velador de la derecha. Por foro izquierda, habrá aparecido Emma, con sigilo. Desde la puerta hará un gracioso mohín y un cómico ademán de amenaza ; y después, de puntillas, con aire pícaro, se acercará, ocultándose, al gran sofá circular de alto respaldo que estará al centro de la escena, como para sorprender las «sesudas conversaciones» de Andrés y Don Cecilio. Una vez allí, y a medida que oye, irá cambiando su aire cómico por un gesto de sorpresa y de ansiedad.)

CECILIO

Por última vez, Andrés : ¿ se halla usted dispuesto a resistir una ruda sacudida espiritual, la revelación de un gran dolor, nuevo acaso para usted, que habrá de torturar su corazón horrorosamente... ?

ANDRÉS

Sí, sí ; pero pronto, por Dios.

CECILIO

¿ Quiere usted, pues, conocer la verdadera causa por que se trata de apartar su amor del corazón de Emma ?

ANDRÉS

Lo quiero ; lo exijo yo también. Además, seré fuerte... ¡ Confío en ella !

CECILIO

Bien. Deme usted la mano.

ANDRÉS

Con toda el alma.

CECILIO

Y, ahora... ¡escúchelo usted todo...!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete modesto, amueblado con cierto desorden. Hacia la derecha, mesa y butacas. Hacia la izquierda, una «chaise-longue» y sillas. Puerta al foro y dos laterales.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y JULIA.

(Matilde, que estará sentada en una butaca, se levantará con cierto desmayo y abandono, e irá a acumbarse en la «chaise-longue», mirando fijamente. Es una mujer hermosa y con vivos reflejos de una juventud admirable. Pausa. A poco entra Julia por lateral izquierda).

JULIA

¿Todavía así, mi señora?

MATILDE

Estoy cansada, Julia: déjame.

JULIA

Repárese la señora que eso le hará mal. Tome algo. Se ha desmejorado mucho la señora en estos días.

MATILDE

No importa. No quiero.

JULIA

Mire que si encima del gran disgusto del hijo, se obstina en no comer...

MATILDE

(Suspirando) ; El hijo!

JULIA

Se avejentará mucho la señora, o tal vez enferme...
Mire que ...

MATILDE

(Cambiando de tono) Basta, cotorra ; ¡ a la jaula!

JULIA

Bendito sea Dios. Y todavía tiene humor para chanzas la señora. Traeréle un caldo.

MATILDE

No. Trae café... y el éter.

JULIA

Alabado sea Dios. (Inicia el mutis muy despacio).

MATILDE

No viene ; no vendrá... (Pausa) ; Oye ! ; Han llamado !

JULIA

Sí... ; Tal vez sea, señora ; tal vez sea !

MATILDE

No... Si son cuentas, págalas.

JULIA

Y si...

MATILDE

Bueno : si preguntan... que pasen. (Mutis Julia por el foro). No viene, no... (Se levanta. Otra pausa).

ESCENA II.

MATILDE y FÉLIX.

JULIA

(Que vuelve) Este caballero...

MATILDE

¡ Ah !... Retírate... (Mutis Julia por la izquierda) Eras tú... Estaba segura de que me honraría tu visita.

FÉLIX

Matilde... supongo que no dudarás de la sinceridad de mi afecto. Las pruebas, harto dolorosas para mí, han sido concluyentes.

MATILDE

No dudo de tu afecto, no ; de esa fatalidad de tu afecto. De lo que dudo es de los sentimientos que lo inspiran.

FÉLIX

No quise perderte...

MATILDE

¿Cómo?

FÉLIX

No quise perderte...

MATILDE

No. Me perdiste.

FÉLIX

Aguarda... No quise perderte, pero no tuve más remedio que sufrirlo, cuando noté en tí el desvío, el desamor, y esa inclinación satánica de todo tu sér hacia el amigo del alma, hacia José Diego.

MATILDE

No lo nombres! Y menos para ultrajar aquel amor que me dió el hijo, y por eso es lo más puro y lo más santo para mí.

FÉLIX

¿Lo ves, lo ves...? Fuiste tú la primera en huir de mis brazos, hostigada por el desenfreno de aquel amor; no fueron ellos los que se abrieron con desdén cuando...

MATILDE

Cuando me engañaste, cuando me precipitaste a ellos seducida por las taimadas palabras de un falso cariño; cuando aprovechándote de mi candor, de mi inocencia de entonces, y traicionando la lealtad, la noble confianza con que en la casa de mis padres se te recibía, me robaste a ella en condiciones que ya no me dejaron volver...

FÉLIX

Pero recuerda que yo...

MATILDE

¡Sí; recordemos. Escarbemos un poco en esos recuerdos dolorosos, aunque hagamos sangre con las uñas. Me robaste, me robaste a mí misma, por satisfacer un vano capricho, un apetito infernal; sin amor, sin ternura de amor que todo lo hubiera justificado.

FÉLIX

No; yo te quise; yo me consagré por entero a tu cariño; yo te guardé...

MATILDE

Como una cosa, como una cosa robada me guardaste. En aquel poblacho provinciano, huyendo yo de la vergüenza, y tú para poner a salvo la libertad amenazada, se fabricó lo que tú llamaste «nuestro nido», y fué mi cárcel.

FÉLIX

Pero, tú lo quisiste, Matilde. Yo no hice otra cosa que cumplir tus deseos.

MATILDE

No: si yo no me quejaba; yo estaba contenta en ella, mientras duraron el hechizo y el engaño. Pero... ¿te acuerdas de aquella historia que me referías para demostrar la vanidad y la ruin condición de los hombres, de todos los hombres que no fueran tú? ¿Te acuerdas de aquel torero a cuyo amor se entregó una preciosa marquesita, a condición de que guardara eterno secreto? El torero decía: «¿A mí, de qué me sirve tener amores con esa mujer, si nadie se entera?»... Pues lo mismo eras tú.

FÉLIX

¡Matilde!

MATILDE

Cuando te cansaste ; cuando a costa de lo más puro que había en mi cuerpo y en mi alma, hartaste tu apetito, ya era cosa que todo el mundo lo supiera y te envidiara. Ya no era amor ; era vanidad de amor lo que yo había de satisfacer en ti.

FÉLIX

No, Matilde ; yo te juro...

MATILDE

¿Y aun te atreves a jurar?... Veintiocho años han transcurrido desde que me hiciste el primer juramento, con una emoción y una solemnidad que, aunque falsas, no podrías reproducir ahora. ¿Veintiocho años ! Y parece que fué ayer... Cómo que de entonces acá mi vida no ha sido más que un sólo dolor interminable.

FÉLIX

Sin embargo, óyeme... Eres injusta conmigo : no me conoces, no me conociste por aquel entonces tampoco.

MATILDE

No ; entonces, no. Si te hubiera conocido, ¿crees tú que hubiese entregado mi vida entera para que la exhibieras como un trofeo de tu cinismo, después de arrastrarla por el fango ?

FÉLIX

Matilde : te ruego por Dios, que no continúes en ese tono. Eres injusta ; lo repito.

MATILDE

Tienes razón. Aun no te he dicho todo lo que he debido decirte en justicia. Cuando llegó el hastío, demasiado

pronto para ti, y para mí ; qué tarde ! ; cuando el hartazgo colmó las ansias de tu deseo, se acabaron los mimos, las ternuras, las mentiras ; y empezaron las disputas, las infamias, las injurias... No ; si aun no he terminado. Empezaron las vejaciones y los escarnios. Todas las noches llenabas la casa de amigotes, de borrachos. ¡ Había que ver el «nido»... de víboras !

FÉLIX

(Con brutal ironía) No tanto, cuando de entre aquellos hombres salió un sustituto...

MATILDE

En efecto. Entre aquellos hombres había uno, uno sólo, generoso y noble, que tuvo piedad de mi desventura, que...

FÉLIX

Te requirió de amores...

MATILDE

¡ Mientes ! Aquel hombre, cuyo sagrado recuerdo llevo en el alma como una oración perenne, fué... tu elegido para confidente... ¡ Oh, cómo te engañaste ! ; Qué mal has conocido siempre el corazón de tus víctimas !

FÉLIX

Es incierto eso. José Diego faltó a la verdad, si algo dijo.

MATILDE

Silencio ! Respétale !... No sé cómo viene a tu pensamiento su memoria, sin que bajas la cabeza, de rodillas.

FÉLIX

Repito que nada, absolutamente nada, hube de confiar a José Diego.

MATILDE

Una noche, sin yo saberlo, sin saberlo nadie, preparaste la orgía de despedida. Y al final, mientras yo temblaba de frío y de abandono en el último rincón de la casa, tú, completamente ebrio, confiaste a José Diego el cansancio, el enojo que mi presencia te causaba; el cobarde miedo a una venganza de mi padre—¡ pobrecito!, mi desvío le mató, pero ni su maldición ni su recuerdo me han dejado un momento todavía.

FÉLIX

Nada dije. Es mentira.

MATILDE

Vamos... ¡ Esa palabra en tus labios!... (Pausa larga.) Tu plan estaba trazado: era necesario abandonar el daño hecho, huir del peligro, poner a salvo tu libertad y tu carrera. Cobarde siempre, ibas a dejarme sin una explicación, sin una despedida: ¡ ahí queda ese guiñapo, para que lo barran, para que lo tiren!

FÉLIX

Falso, falso...

MATILDE

¿ Quién...?

FÉLIX

No insistas; te lo suplico, te lo ruego. Tú deliras.

MATILDE

Deliraba... Y aquel hombre generoso y bueno, tuvo piedad de mí. El me auxilió, me consoló y me salvó tam-

bién. En el fondo, no había más que una mujer infinitamente desgraciada, y un hombre que supo compadecerla... Y del dolor, de la gratitud y de la pena, nació el amor.

FÉLIX

Sí ; tú le amaste.

MATILDE

Con toda mi sangre y toda mi alma. Porque era digno de amor.

FÉLIX

Y él te amó también...

MATILDE

Porque yo también lo era.

FÉLIX

Sin embargo, yo...

MATILDE

Oh, no sigas... Los viles...

FÉLIX

¡ Matilde !

MATILDE

Los viles son incapaces de amor. No sienten más que odio, vanidad, envidia : todos los reptiles del alma ; pero la fe, la bondad, el amor, lo que tiene alas, ; eso no les cabe en el pecho !

ESCENA III.

Dichos, y JULIA.

JULIA

Señora...

MATILDE

¿Qué te ocurre?

JULIA

El café...

MATILDE

Bien. Déjalo ahí.

JULIA

Y el éter...

MATILDE

Déjalo también.

FÉLIX

(En voz baja) ¿Tomas éter?

MATILDE

Y hiel.

JULIA

Al café le he puesto un poquito de leche... Cómo la señora no ha tomado ningún alimento todavía.

MATILDE

Entonces, llévatelo.

JULIA

Repárese mi señora que le va a sentar mal; que está muy nerviosa...

MATILDE

No te importe. Llévatelo.

FÉLIX

Pero, es que tiene razón, Matilde. Debe usted tomarlo.

MATILDE

Puedes tutearme, hombre... Esta es de confianza, y, además, ya lo habrá escuchado todo a su sabor.

JULIA

¡Yo, señora!

MATILDE

Anda, llévate eso. No quiero nada.

JULIA

Como la señora mande. (**Recoge el servicio**).

FÉLIX

Esa mujer...?

MATILDE

No te preocupes. No es de la madera de los traidores.

JULIA

Si la señora necesita algo, ya sabe donde estoy.

MATILDE

Sí... ; detrás de la puerta.

JULIA

¡Señora: en la cocina! (**Saliendo y ap.**) ; Bendito sea Dios: con que este era! (**Mutis**).

ESCENA IV.

MATILDE y FÉLIX.

FÉLIX

Matilde... Oyeme un momento ahora. Me has tratado mal ; me has herido profundamente.

MATILDE

Cualquiera diría que no existen motivos, ¿verdad?

FÉLIX

Has juzgado mis... errores con severidad excesiva, dándoles un alcance que yo, juguete inconsciente de las circunstancias de entonces, no advertí jamás .Pero olvidas mis virtudes, mis...

MATILDE

Tus... virtudes.

FÉLIX

Sí ; yo también las tengo, las he tenido, acaso para nadie más que para ti ; pero las he tenido.

MATILDE

¿Te refieres a la educación, al cuidado de mi hijo?

FÉLIX

Que yo te ofrecí a la primera indicación tuya, imponiéndomelo como una expiación de mis culpas.

MATILDE

Y que yo acepté como el único medio de no propagar más y más mi vergüenza, de que no la conociera nunca mi

hijo, evitando con otros el dolor de una confesión que para ti no era necesaria. Se trataba de mi hijo, de su honra, de su felicidad, de su vida, que dependían precisamente de una falsedad, de un engaño, y, para eso, nadie más a propósito que tú...

FÉLIX

Mira... cuando lejos de tu lado—lejos, por no sé qué alucinación, por qué extravío,—ví que hacías la felicidad de otro hombre, que le hacías padre y amante, todo mi sér, sacudido y convulsionado por celos terribles, se revolvió en sí mismo, en una lucha desesperada y angustiosa. *Entonces comprendí cuán inmensamente, cuán dolorosamente te amaba.*

MATILDE

Es una injuria en tus labios la palabra amor.

FÉLIX

Sí; te amaba, te amaba de un modo fatal, irremediable... Créeme: hablo con absoluta sinceridad en estos momentos: te amaba...

MATILDE

No era amor. Mientes... o te engañas. En fuerza de tanto engañar, nada tiene de particular que termines por engañarte a ti mismo.

FÉLIX

Te amaba, te amaba, Matilde...

MATILDE

No era amor, no; era envidia, era egoísmo. Recuerda cómo cada vez que algo de eso que tú llamas amor, podía

comprometerte u obligarte, desaparecías, te alejabas. Sólo estabas dispuesto al placer sin compromiso, a la felicidad sin pago...

FÉLIX

Yo sufría horrorosamente. Lo tarde que había conocido la grandeza de aquel amor, me martirizaba como el más cruel remordimiento ; me destrozaba el alma con la tortura de lo imposible... Matilde, ¿ me comprendes ?

MATILDE

Demasiado... Eres tú el que no has conseguido comprenderte jamás.

FÉLIX

Matilde...

MATILDE

Hay infamias que en cierto modo las justifica una causa, una razón, aunque sea la horrible razón del mal : la ferocidad de una venganza, la pasión de un amor inconfesable, la tentación del robo—toda esa caterva de siniestros inspiradores. Pero las que se cometen por capricho, a sangre fría, estúpidamente, esas son mil veces más criminales que las que el coraje y la pasión inspiran. Hay seres tan desgraciados, que son capaces de la crueldad y hasta del crimen, por una vago deseo que de antemano reconocen mudable y pasajero ; por una distracción, por un capricho. Esos, ni siquiera son monstruos ; son... eso : desgraciados.

FÉLIX

Y yo lo fuí, yo lo fuí, siu ser criminal, Matilde. Toda tú eras ya de otro hombre, el mejor amigo ; y ese hombre te amaba ; ¡ hasta quiso hacerte esposa suya !

MATILDE

Pero no lo quise yo. Para amarlo me bastaba la inmensidad de mis desdichas y de mi deshonra. No era preciso deshonrarlo a él.

FÉLIX

Ese fué un rasgo divino tuyo...

MATILDE

¿Lo reconoces? ; Qué raro! Dime, entonces ; ¿frente a la honra ajena, cuál es el verdadero amor? ; El que la quita y la escarnece, o el que la defiende y la guarda como una reliquia en el objeto querido?... (Pausa) ; Ah!, parece que pulsas la verdad de tus sentimientos ahora: Primero, cuando fuí tuya, egoísmo, vanidad; después, envidia, despecho. ; Los reptiles del alma!

FÉLIX

Cuando aquel hombre hubo desaparecido para siempre, yo acudí a tu lado...

MATILDE

Sí; recuerdo tu cinismo profanando el triste recogimiento de aquella estancia.

FÉLIX

Yo aspiré a una rehabilitación de mi cariño; yo soñé con tu perdón en gracia a la odisea de aquel amor que había conocido las angustias de la soledad y del arrepentimiento... Tú me rechazaste: ; un dolor que me daba la medida de tu cariño hacia el otro!... Te ofrecí mi auxilio económico, mi protección...

MATILDE

Que también fué rehusada.

FÉLIX

Desdichadamente para mí, José Diego había dejado a tu favor y al de su hijo, todo su modesto caudal.

MATILDE

Y gracias a eso, he podido vivir una vida libre, pero digna.

FÉLIX

Sólo exijiste de mí la guarda del hijo, el hijo de la mujer amada y ¡ de otro ! Era horrible aquello. Sin embargo, por ti, ya que por él era imposible, lo hice. Y Andrés, lejos de tu lado, creció, se educó y fué hombre, ignorante siempre de la verdad de su historia. Yo creía que después de la labor realizada, de la condena extinguida, tenía derecho a tu perdón... a un beso tuyo.

MATILDE

Calla... Hasta en los actos menos innobles de tu vida, los que en cierto modo podrían rehabilitarte y disculpar tus bajezas, mezclas la falsía y el engaño. Dime: ¿ Por qué mi hijo, cuyas cartas encendidas de amor me hicieron volar a sus brazos, me ha recibido con esa injuriosa frialdad, con ese silencio acusador más cruel que todas las condenaciones ? ¿ Por qué, en el transcurso de quince días que llevo aquí y después de veinte años de ausencia, sólo una vez ha puesto los pies en esta casa ? Contesta.

FÉLIX

No sé... Rarezas, excentricidades de su carácter...

MATILDE

¿ También los hijos pueden ser excéntricos para sus madres ?

FÉLIX

No ; no es eso como tú lo dices ; es que... No sé, no sé, la verdad.

MATILDE

Mis últimas lágrimas las lloré al separarme de él. Ahora presumo que él haberle hallado, me va a costar otras, más amargas tal vez. (Pausa).

FÉLIX

Dime, Matilde, ¿sólo por él has venido?

MATILDE

¿Me lo preguntarías, si en vez de esta falsa juventud que traigo por fuera, hubiese traído toda la vejez horrosa que llevo dentro?

FÉLIX

Dime...

MATILDE

Los años en el destierro, el cansancio del mundo, las decepciones sin número que se sufren cuando se hace una vida intensa, todo me empujaba hacia él. ; Creí que el dolor me habría redimido ! Creí tener derecho a ser madre, a que me amara. Pero alguien—estoy segura—, alguien que ya se interpuso entre ambos, vuelve ahora a separarnos de una manera cruel, abominable, acaso para siempre.

FÉLIX

Yo cumplí rigurosamente el encargo con que me ligaste a él toda una vida. No eran necesarias tus cartas ; no lo olvidaba. Sin embargo, la ingratitud, la repulsión, han sido siempre su pago. Ahora mismo acaba de dejarme

en entredicho, con sus atrevimientos, con sus innovaciones, y no poco también con sus simpatías y sus amistades.

MATILDE

Ha sido una venganza, por lo visto?

FÉLIX

No he tenido para qué acordarme de él. De ti, sí; mucho y muy amargamente. Me dieron la noticia de que venías, tan hermosa como antes, orgullosa, despreciativa; recordaba aquel estudiado desdén con que me recibiste en Nueva York, hace dos años; supe que llegabas a tiempo de emparentar con los Monteblanco, tú, la madre de Andrés, del ingeniero de moda, del hombre querido y mimado en los salones; una dama honorable, intangible, y, también, ¡imposible para mí!... Todo mi amor desesperado de antes, adormecido en el fondo del alma, se levantó como una llamarada...

MATILDE

Sigue, sigue...

FÉLIX

Yo necesitaba imperiosamente que fueras mía, mía como antes. Lo ansiaba de una manera desatada, irrefrenable. Y para eso no había otro camino que el de arrancarte otra vez del círculo de las conveniencias sociales...

MATILDE

¡ Ah, ...canalla!

FÉLIX

Que los mismos brazos que te arrancaron del honor de tu casa, te arrancarán también de ese falso honor que ahora te creabas.

MATILDE

¡ Canalla... canalla !

FÉLIX

Que fueras mía, mía, a despecho de todos y de ti misma... Porque... ya lo eres ; lo has sido siempre. La fatalidad nos une y nos empuja ; la fatalidad y este amor inmenso y maldito... Matilde, Matilde...

MATILDE

¡ Ah... ! ¡ Qué asco !

FÉLIX

A él le odio, sí ; le detesto : es tu sangre y tu carne profanadas, extraídas de tus entrañas por las caricias de otro ; donadas por ti a la vida, entre besos robados a los míos ; pero a ti, no ; a ti te amo ; para ti tengo la única dulzura de mi corazón... Oyeme... mira.

MATILDE

¡ Los reptiles, los reptiles del alma !

FÉLIX

Matilde...

MATILDE

Quita, víbora ; vete. (Llamando) ; Julia, Julia !

FÉLIX

Por Dios, Matilde ; no grites...

MATILDE

¡ Vete !

FÉLIX

Perdóname... no grites... Soy un perturbado, un ve-

sánico. ¡ Todo, por tu amor!... No sé qué maldición horrenda llevo dentro de mí.

MATILDE

Yo sí lo sé... ¡ desgraciado! (Llamando) ¡ Julia!

JULIA

(Entrando, alarmada) ¿ Qué le pasa, mi señora; qué le ocurre?

MATILDE

Nada, nada. Acompaña a ese... caballero. Acompañale. (Pausa).

FÉLIX

Adiós, Matilde...

(Matilde, cuya figura tendrá un sello de nobleza imperativa, señala la puerta, sin contestar. Sale Don Félix, seguido de Julia. Cuando desaparecen, Matilde adquiere una expresión dolorosa de angustia, y, lentamente, se dirige a ganar la puerta lateral izquierda).

MATILDE

¡ Todavía este castigo, Dios! (Mutis. Queda la escena sola unos instantes. Voces fuera).

ESCENA V.

DON FELIPE, DON PRUDENCIO Y DON FÉLIX.

Al final, MATILDE.

FELIPE

Sí, Don Félix: una casualidad bien enojosa la de habernos encontrado aquí.

PRUDENCIO

Nos presentará usted. Del mal, el menos.

(Julia, que regresa, hace mutis de nuevo por la izquierda).

FÉLIX

He venido a ultimar ciertos detalles que todavía me ligaban a los intereses de esa señora; a deslindar los campos dentro de la mayor cortesía. Al fin y al cabo, es una mujer, una pobre mujer.

FELIPE

Puede usted creer que este paso que doy repugna y violenta mi carácter. Únicamente la confianza que tengo en el buen juicio de Prudencio y la fe que su afecto me inspira, podían decidirme.

PRUDENCIO

He considerado lo más eficaz y lo más seguro para la tranquilidad de aquella casa y el consuelo de Emma, rogar a la madre de Andrés que disuada a su hijo de toda tentativa.

FELIPE

Claro: hablar de ello con Andrés, me sería muy doloroso.

PRUDENCIO

Y dejar las cosas por el camino que van, es un peligro muy grande para todos.

FÉLIX

Lo comprendo, sí, amigo mío.

FELIPE

Esa obstinación de Andrés en perturbar el ánimo de mi pobre hija, aprovechándose de los sedimentos de un cariño que supo infiltrar en su corazón, precisa cortarse de una vez.

PRUDENCIO

Yo no creo que esta señora deje de hacerse cargo... Usted mismo nos ha informado de que posee clarísima inteligencia, virtud de comprensión...

FÉLIX

Sí; pero las madres, cuando del hijo se trata, pierden la noción de sí mismas, para el bien y para el mal. A los hijos los consideran dioses, aunque sean el fruto de su propia deshonra. „

FELIPE

Yo no he dudado nunca de la nobleza y la caballerosidad de Andrés, como persona. Hasta creo que al poner los ojos del alma en mi hija, lo hizo ignorante de la razón que les ha separado. De ahí que me duela en el alma esta actitud que las circunstancias imponen... Comprendo tam-

bién que es algo muy duro arrancar de cuajo las raíces de un cariño ; pero ante lo imposible, ese dolor se impone, para evitar otros dolores más grandes tal vez.

PRUDENCIO

Dice bien Don Felipe. Sin contar con que su oposición terminante a esos amores, habrá de ser para Andrés un vivo testimonio de su desgracia, que le amargará más y más.

FELIPE

¿Comprende usted?

FÉLIX

Sí, sí... ¡ Ah ! Está aquí Matilde. (Aparece ésta por la izquierda) Estos señores desean hablar brevemente con usted... Don Felipe Monteblanco...

MATILDE

Ah, ya...

FELIPE

Señora...

FÉLIX

Don Prudencio...?

PRUDENCIO

Gutiérrez, Gutiérrez.

FÉLIX

Matilde Iturria..., a quien pueden ustedes felicitar, como yo lo he hecho, por los triunfos de su hijo. Y... ahora, permítanme ustedes que me retire. Don Felipe...

FELIPE

Adiós, amigo mío.

FÉLIX

Señor...

PRUDENCIO

Vaya usted con Dios, Don Félix.

FÉLIX

Nosotros... ya nos hemos despedido.

MATILDE

Sí; no hay que olvidarlo.

FÉLIX

Vaya, adiós...

(Mutis, por el foro).

ESCENA VI.

MATILDE, DON FELIPE Y DON PRUDENCIO

MATILDE

¿Es usted el padre de la señorita Emma?

FELIPE

¡Cómo! ¿Usted sabe...?

MATILDE

No hace todavía un mes, horas antes de embarcar con rumbo a España, recibí una carta de mi hijo en la que me refería sus relaciones con la señorita Monteblanco.

FELIPE

Relaciones que me obligan a esta visita, embarazosa y violenta para mí, pero cuyo resultado fío a su discreción y al amor que su hijo debe inspirarle.

MATILDE

Lo sé, lo sé. Después de una conversación que he sostenido con ese hombre que se acaba de marchar, he sabido todo lo que debía saber. También sé que ha sido una temeraria locura de madre, el haber vuelto a España.

FELIPE

Supongo que Don Félix no habrá adelantado juicio respecto de mis opiniones. De ningún modo podía decir a usted cosa alguna en mi nombre...

MATILDE

En su nombre de usted... no. Pero ha dicho lo bastante para que yo, con esa discreción que usted, tan amablemente me supone, comprenda ahora la razón de esta visita.

FELIPE

Y comprenderá usted, de igual manera, que era necesaria, mal que nos pese a los dos. Andrés se obstina en algo a que yo no puedo acceder, y esa obstinación, señora, perturba mi casa, hiere el corazón de mi hija, destroza el mío, y es para él motivo de una desesperación y una tristeza que conviene evitar. Con él, que fué mi amigo y supo corresponder en otro tiempo al aprecio con que le distinguo, no he querido hablar. Con usted, aunque ello parezca absurdo, sí, era preciso.

MATILDE

¿Preciso? No en absoluto; pero sí conveniente. Por

eso le agradezco en cierto modo que haya venido. Yo también, desde hace poco, deseaba vivamente hablar con usted... con usted: pero... (Insinúa la presencia de Don Prudencio).

FELIPE

Comprendido; pero como si fuera yo mismo. Es algo más que mi hermano: mi mejor amigo.

PRUDENCIO

Señora, he venido accediendo a instancias de la amistad y al respeto que debo a Don Felipe.

FELIPE

Confieso que, solo, tal vez no me hubiese decidido a venir.

PRUDENCIO

Sin embargo, cumplido ya ese deber, dado este paso, me permitirán ustedes que les deje hablar a solas. No tengo nada más que hacer aquí.

MATILDE

Ni aquí... ni allí, si no es más que a título de amigo su intromisión en este asunto.

PRUDENCIO

Repito, señora, que mi presencia en esta casa no la podría justificar nada más que un ruego de este caballero respetable.

FELIPE

Y yo insisto en que considere usted a este buen amigo como si fuera yo mismo.

PRUDENCIO

De todas maneras, me retiro. No habré de molestarla a usted más.

MATILDE

Presumo que no habrá usted de cumplir eso que dice... Por consiguiente, puede usted quedarse.

PRUDENCIO

No, de ninguna manera. Yo sobro aquí.

MATILDE

Si hubiera usted pensado lo mismo al surgir este conflicto, quién sabe si no hubiese llegado a las proporciones que tiene hoy.

PRUDENCIO

Señora, ¿con qué derecho...?

FELIPE

Basta, Prudencio. Ruego a usted, señora, que evite en lo posible esas reticencias. Son suspicacias de usted; se lo aseguro.

MATILDE

He corrido mucho mundo, he conocido muchos hombres, he sido muy desgraciada siempre... Calcule usted si tengo razón para saber hasta qué punto, la oficiosidad de un amigo que halague nuestra vanidad, que explote nuestras debilidades, puede sernos perjudicial, torcer nuestras intenciones, violentar o exacerbar nuestro carácter.

FELIPE

En este caso, se trata de un buen consejero y un buen amigo: nada más.

MATILDE

¡ Oh, los consejeros ! A ellos me refería, precisamente.

PRUDENCIO

No debo, ni quiero, añadir una sola palabra a las de usted. Me retiro, pues.

MATILDE

¿ Para qué, ahora ? Aguarde ; siéntese ; se lo suplico.

FELIPE

Y yo lo ruego también.

PRUDENCIO

En ese caso...

MATILDE

Si lo que usted esperaba era gozar de una escena interesante, yo se la proporcionaré ; descuide. No quiero defraudar sus esperanzas. A ver, dígame usted, señor... consejero, ¿ a qué debo el honor de esta visita... ? Sin ambages, sin rodeos...

PRUDENCIO

No soy yo el llamado a responder, señora.

MATILDE

Usted, sí. Con este señor ya tendré ocasión de hablar más largamente... ; al menos, yo así lo espero...

FELIPE

Estoy a sus órdenes.

MATILDE

Gracias. Con que, diga, diga, señor ; ya le escucho.

PRUDENCIO

La verdad... yo... Me coloca usted en una situación difícil.

MATILDE

Yo agradecería más, me sería más grato y, a la vez, me facilitaría la más apropiada respuesta, que usted hablase claro, claro... Al grano ; esto es, al grano.

PRUDENCIO

Es que... repito que no soy yo el llamado...

MATILDE

¿Por qué no? ; Usted, que tanto parece interesarse en el asunto!... Hable, diga... Nada, que no se atreve usted. Pues lo diré yo, en ese caso. Se trata de que la boda de la señorita Emma con Andrés, es imposible.

PRUDENCIO

En efecto ; algo de eso...

MATILDE

Y es imposible, porque Andrés es hijo mío.

FELIPE

Oh, señora...

MATILDE

Y porque yo, su madre, no he seguido fielmente la recta social.

PRUDENCIO

No... no creo. Eso, en todo caso, no sería más que un pequeño obstáculo...

MATILDE

¿Qué más da que los obstáculos sean grandes o pequeños? Ya basta con que sean obstáculos.

FELIPE

Pero comprenderá usted que los hay de tal magnitud...

MATILDE

Nada; créanme ustedes: contra esos obstáculos sociales, no hay más que los tres caminos a seguir, como en las carreras. Retroceder, saltar o... estrellarse. Ustedes no saltarán, a pesar de ser «pura sangre»... noble: falta cierta agilidad... espiritual. Tampoco se estrellarán: falta decisión, falta energía, y sobran precaución y cautela. No les queda a ustedes otro camino que retroceder... volver grupas, digamos para mejor completar el símil.

PRUDENCIO

En ese caso, y si así lo comprende usted, de lo que me felicito, ya no soy yo solo el que está demás aquí. A sus órdenes, Don Felipe; cuando usted guste...

MATILDE

No; me permitirá usted que Don Felipe continúe aquí unos instantes. Necesito hablar con él de cosas más... íntimas. Usted y yo, ya lo hemos hablado todo. Por consiguiente, puede marcharse, si así lo desea.

PRUDENCIO

En el acto. Y si insistió usted en que me quedase para luego tener el gusto de echarme...

MATILDE

Vaya, vaya; no se enoje otra vez.

PRUDENCIO

(A Felipe) Mañana, a la hora de costumbre, tendré el honor de pasar a saludarle.

FELIPE

Hasta mañana, pues, adiós mío. Ya ve que es preciso quedarme.

PRUDENCIO

Señora...

MATILDE

¿Se convence usted de que era preferible marchar en buena armonía? Antes iba usted a salir enfadadísimo.

PRUDENCIO

No, señora; no había por qué.

MATILDE

Vaya, adiós... Aguarde usted: haré que le acompañen. (Le sigue unos pasos).

PRUDENCIO

(Confuso) No, no; de ninguna manera; no hace falta... Adiós. (Sale).

FELIPE

(Ap.) ; Qué mujer extraordinaria!

ESCENA VII.

MATILDE y DON FELIPE

MATILDE

(Volviendo) ¡ Qué tipo! Ja, ja, ja!... Increíble parece que usted, un hombre, si no moderno, de seguro perspicaz e inteligente, le tome en serio hasta el extremo de dejarse influir de él... Debe ser uno de esos parásitos expertos, que elogian todos los platos, y alaban todos los gustos, y participan de todas las opiniones; uno de esos seres que saben hacerse indispensables en sociedad, y en la mesa, sobre todo: un simpático profesional.

FELIPE

El juicio que a usted o a mí pueda merecernos ese buen señor, no es, precisamente, lo que ahora importa.

MATILDE

Cierto. El aspecto cómico de su amigo y consejero, casi me ha hecho olvidar lo que sangra silenciosamente en mi corazón.

FELIPE

Es usted una mujer excepcional, de un temperamento admirable...

MATILDE

¿ Lo cree usted así?

FELIPE

No hace falta ser muy perspicaz para advertirlo... Por

eso creo que no le será difícil comprender la modalidad de mi carácter, la orientación de mis principios.

MATILDE

Sí. Es usted un hombre que cree marchar por la vida en línea recta, caiga quien caiga, sufra quien sufra, por tal de que su nombre, lo que usted llama la honorabilidad de su nombre, no padezca menoscabo ni quede jamás en entredicho.

FELIPE

Cuanto a ese punto, mi voluntad es de una firmeza inquebrantable.

MATILDE

¿No sería usted capaz de levantar cristianamente a un caído?

FELIPE

A un caído en la calle, sí. Mi corazón y mi brazo, y hasta mi casa, están siempre dispuestos a brindarle auxilio y albergue.

MATILDE

¿Y a un caído en el fango social, a una víctima del medio, a un desventurado sin honor?

FELIPE

Jamás. Aunque el corazón me lo dicte, la conciencia lo rechaza.

MATILDE

¿Cree usted que la acción de levantar a un caído consiste en enfangarse con él, o en alzarlo y redimirlo hasta la nobleza de su corazón?

FELIPE

No... sé. Usted me domina, lo confieso: no podríamos hablar sin que resultara yo vencido en la contienda.

MATILDE

¡Oh, no aspiro a vencerle, Dios lo sabe! Lo que aspiro es a mover su compasión, dejando mi orgullo y mi dignidad de mujer a su albedrío. Compasión para mí, que soy la vencida, la arruinada; compasión para mi hijo, cuyo amor desesperado va a ser su muerte y la mía.

FELIPE

Yo trato de evitar esas desdichas; yo deseo con toda mi alma que su consejo y su cariño de madre aparten del pensamiento de Andrés esa obsesión, esa locura imposible.

MATILDE

¡Ah! ¿Quiere usted que sea yo la que ratifique su sentencia, la que a sangre fría y frente a frente, le diga: «Hijo mío, no tienes derecho a la felicidad, porque yo he sido mala; porque no tienes honor, porque yo misma te lo arrebaté por la sola razón de que naciste!»... ¡Ah, no! Eso sería abominable y sería falso. Porque yo no he sido mala, porque el honor de mi hijo es tan intangible y tan puro como el honor que usted invoca y que trata de defender en la persona de su hija.

FELIPE

¿Cómo! ¿Qué dice usted, señora?

MATILDE

Digo que el honor es algo muy personal y muy abstracto para poderlo definir en una línea recta... Un ladrón que roba, ¿cree usted que deshonra a su víctima, al due-

ño del objeto robado? ; No! El deshonorado es el ladrón... Del mismo modo, el hombre correcto y canalla, que se introduce en un hogar, aprovechando la confianza que en él se fía, y con falsas promesas, con dulces engaños, con palabras de sirena, atrae y precipita en sus brazos a una niña inocente, y la roba al cariño de sus padres, y abusa de su debilidad y de su embriaguez primera, ; ese es el único ser despreciable, sin dignidad y sin honor!... La mujer, no ; la engañada, la robada, no. La infeliz, ¿ puede ser responsable de no guardar una cosa que le quitan... ?

FELIPE

Como usted lo dice, debiera ser ; pero no es, desgraciadamente. La sociedad impone otras leyes, bárbaras si usted quiere, pero las impone. Y hay que sucumbir o acatarlas.

MATILDE

¿ Aunque sean injustas ?

FELIPE

Aunque lo sean.

MATILDE

¿ También los hombres de conciencia ?

FELIPE

También. A menos que prefieran ser hombres sin honor.

MATILDE

Basta. No me juzgue usted mal porque me haya robado, porque haya suplicado. Se trataba de mi hijo, y ante su felicidad y su vida, mi vida y mi dignidad no significan nada.

FELIPE

Serénese usted ; no tiemble. Yo siento con toda mi alma este dolor que le ocasiono ; lo siento, sí ; no sé cuánto diera por evitarlo, pero no puedo.

MATILDE

Es mi hijo. ¡ Mi hijo ! ¿ Comprende?... ¡ Ah, no ; esa palabra no la comprenden más que las madres !

FELIPE

Piense que todo es cuestión de tiempo, de un viaje, de un nuevo capricho, de un nuevo amor...

MATILDE

(Como hablando consigo misma) Mi hijo... ¡ pobrecito ! Me parece que aun le veo niño, tan puro, tan frágil, y siento que en mi alma prende de nuevo aquel casto anhelo maternal, aquel deseo creciente de prodigarle amparo y caricias y mimos... ¡ Oh !, es una ternura compasiva esta que se siente por los niños : sé les ama con dulzura, se les besa castamente, se les compadece... se les compadece, sobre todo... ¡ Se hacen hombres tan pronto !

FELIPE

(Ap.) Extraordinaria mujer ; ¡ extraordinaria y desdichada mujer !

MATILDE

(Del mismo modo) ¡ Pobres niños ! ¿ Por qué no hará en ellos un alto la primavera ? Ellos tan lindos, tan inocentes, todavía con retazos de otras vidas en sus almitas infantiles, se hacen hombres. ¡ Hombres ! Todo lo peor, lo más cobarde, lo que más miserias lanza y recoge... Hombres, es decir, odios, vilezas, rencores... ¡ Oh !, toda la plá-

cida sensación de amor que saben despertar los niños, es luego torpe recelo, ponzoña infame en los hombres...

FELIPE

Serénesse usted, se lo suplico. Serénesse... Parece que delira...

MATILDE

(Sin oírle) Por eso se les ama con tanta piedad y se les besa con vehemencia insaciable; porque sabemos que aquello pasa, que es fugitivo y desconsolador, y deja una estela amarga que sabe a ingratitud y a martirio... ; Se hacen hombres! Hay que besarlos y quererlos de prisa. Después es muy posible que nos paguen con su desdén o con su desprecio.

FELIPE

Basta, por Dios; señora, basta... (Ap). ; Pobre mujer!

MATILDE

; Las madres, únicamente las madres saben amar y perdonar al niño-hombre, y aun dar por él la vida!... Por el hijo, todo; la vida es poco; poco es también lo que yo he dado, no obstante haber dado mi nombre y mi orgullo... (Transición) Y... usted, perdóneme, perdóneme. No puedo más.

FELIPE

Cálmese, cálmese usted, por Dios; se lo ruego... Cálmese.

MATILDE

Gracias. Estoy calmada ya... ; Quiere usted dejarme?

FELIPE

Enseguida. Pero antes me atrevo a suplicarle que no tome las cosas de ese modo: lo que ocurre no tiene la im-

portancia que usted supone. Su cariño hacia Andrés le aumenta y desfigura de manera exorbitante, lo que en el fondo no pasa de ser una pequeña contrariedad amorosa, el fracaso de un «flirt» de sociedad, fácilmente reemplazable en cualquier parte.

MATILDE

No ; yo sé cuán grande es el amor de Andrés ; un amor infinito que lo empequeñece todo, que lo borra todo, hasta a mí misma. Por causa de ese amor que él ve perdido, huye de mí, se aleja y... me mata. ¡ Acaso me abomine y me desprecie !

FELIPE

Ese cariño de usted la ciega...

MATILDE

No me ciega. El instinto del mismo cariño me lo dice.

FELIPE

Es muy grande, muy grande : ya se ve.

MATILDE

¡ Oh ! ¿ Cree usted que si no lo fuera tanto, hubiese tolerado esta conversación injuriosa para mí en cada palabra que sale de sus labios ? Por él, sólo por él lo he hecho....

ESCENA VIII.

DICHOS, y JULIA. Al final, ANDRES

JULIA

(Muy agitada, entrando) ¿Da su permiso, mi señora?

MATILDE

Bien, mujer, ¿Qué harías ahora, si te dijese que no?

JULIA

Señora, es que estaba en el balcón, y he visto al señorito Andrés, al extremo de la calle, que viene hacia acá.

MATILDE

¿De veras! ¿No mientes?

JULIA

No, señora. Viene hacia acá; estoy segura.

MATILDE

¡Gracias, Dios!... Corre, corre a abrirle.

(Mutis Julia, por el foro).

FELIPE

¡Cómo! ¿Viene Andrés?

MATILDE

¿Encuentra usted algo de particular, en que un hijo visite a su madre?

FELIPE

No ; no es eso... Es que no quisiera encontrarle. Me sería muy doloroso, y... presumo que en idéntico caso se halle él. ¿Si hubiese un medio de salir... ?

MATILDE

Imposible. La casa, desgraciadamente, no tiene dos puertas. Esas facilidades no se prodigan más que en las comedias, como recurso escénico. Aquí tenemos que sujetarnos un poco a la realidad.

FELIPE

Es que, verdaderamente, me anonada la idea de una entrevista con él.

MATILDE

Acaso sea conveniente. Así puede usted decirle todo lo que yo no me atrevería a revelarle jamás. Hágalo, hágalo usted. Le dejo. Yo no tendría valor para verle sufrir. (Inicia el mutis).

FELIPE

No ; un momento. No se marche usted...

(Aparece Andrés, por el foro, y permanece unos instantes, sorprendido, junto a la puerta).

ANDRÉS

¡Cómo! ¡Usted aquí!

MATILDE

¡Andrés, hijo...!

(Julia, por el foro, pasa como amedrentada, junto a las paredes, hasta desaparecer por la izquierda.)

ANDRÉS

¿Qué significa esto?

MATILDE

Este señor te buscaba... Creyó que vivías en esta casa. Necesita hablarte... Te dejo con él... (Mutis, también por la izqda.)

ESCENA IX.

ANDRES y DON FELIPE

ANDRÉS

¿Qué quiere usted de mí? ¿Es una nueva vejación, un nuevo insulto?

FELIPE

Jamás han pronunciado mis labios una palabra insultante para usted.

ANDRÉS

Para los hombres verdaderamente sensibles, los hechos lo son más que las palabras, aunque los encubran la educación y las buenas formas.

FELIPE

No; no ha habido tales insultos; se lo aseguro a usted. Uná simple decisión de padre, asistida de todo el derecho que me da ese nombre, y nada más.

ANDRÉS

Una decisión legítima ; socialmente legítima, pero que para mí quiere decir : «Fuera de aquí, miserable ; fuera de esta casa, que la manchas ; lejos del amor de mi hija, que la envileces»... ; Ah, Don Felipe ! ; Y eso era lo que ha querido usted recordarme otra vez !

FELIPE

Andrés... lo que ha dicho su madre de usted, al salir, no era la verdad. Yo no he venido a verle a usted, sino a ella.

ANDRÉS

¡ Cómo ! ; Para qué !

FELIPE

Para evitar por todos los medios una explicación entre nosotros, y conjurar, al mismo tiempo, esta situación insostenible.

ANDRÉS

¿ Y de qué modo pensaba usted lograrlo ?

FELIPE

Rogando a su madre de usted que le aconseje, que le persuada, y aparte de su pensamiento esa obstinación que más se asemeja a la tozudez que al cariño...

ANDRÉS

¡ Qué dice usted ! Por Dios, Don Felipe ; le ruego, por lo que más quiera sobre la tierra le ruego, que no juzgue eso para mí tan sagrado. Todo, menos eso, ...o no respondo.

FELIPE

Vamos, Andrés : calma, calma. Sinceramente le digo que no veo motivo para esa desesperación. Lo que usted supone no es sólo la verdad... Emma, además, está enfermucha, siempre febril, nerviosa... Yo necesito, antes que nada, atender a su salud, emprender un viaje...

ANDRÉS

¿Eso también?

FELIPE

Sí, Andrés ; es preciso, absolutamente preciso arrancar de su alma el dolor de estos amores desventurados.

ANDRÉS

Y arrancarle el alma con el dolor mismo ; arrancar la mía, que está toda llena de ella ; envenenarlas las dos, destrozadas...

FELIPE

No ; curarlas del veneno de ese amor.

ANDRÉS

Y todo en nombre de la crueldad de una ley atávica, de la barbarie de un principio absurdo, que hace caer como una maldición sobre los uos, el error de los otros..., sin que la propia dignidad, ni el trabajo, ni la honradez, nos rediman.

FELIPE

¡ Pobre Andrés ! Mi corazón está a su lado ; le compadece y le comprende ; pero no lo pueden estar mi casa y mi nombre.

ANDRÉS

No pierde usted ocasión de injuriar el mío.

FELIPE

Andrés, yo creo que, más que amor, se agita en usted el deseo desesperado de una rehabilitación que en la práctica social es imposible... Acaso en otra parte, lejos del teatro de estas escenas dolorosas, podría usted hallar un consuelo y un amor.

ANDRÉS

Le repito a usted, se lo exijo, que todas las injurias sean para mí; para la pureza de ese cariño, ni una sola... No lo consentiré a nadie, ni a usted mismo... ¡Ah, si no fuera usted su padre, Don Felipe; si no fuera usted su padre!

FELIPE

Vamos, calma... No me ha comprendido usted.

ANDRÉS

Demasiado, demasiado... (Caé, vencido, en la «chaisse-longue») Don Felipe: le ruego que me deje... Váyase... No respondo de mí...

(Aparece Matilde, por izqda. y queda muda e inmóvil ante la escena).

FELIPE

Calma, calma, Andrés. Tenga usted más dominio de sí mismo, más sangre fría...

ANDRÉS

Como los reptiles.

FELIPE

No mire las cosas con esa pasión, con esa vehemencia suicida...

ANDRÉS

Déjeme, por Dios ; váyase... Cada palabra de usted es una desgarradura nueva en el corazón...

FELIPE

Sí, le dejo... le dejo con su madre, Andrés... (Viendo a Matilde).

ANDRÉS

¡ Ah, mi madre !

FELIPE

Consuélele... consuélele usted, señora. Únicamente en sus manos está ese poder. (Se va por el foro).

ESCENA X.

MATILDE y ANDRÉS

(El tono del hijo en esta escena, habrá de ser de pesadumbre ; no de reproche).

MATILDE

(Acercándose lentamente) ¡ Hijo !... ¡ Hijo mío ! Desapareciendo yo, que soy el obstáculo ; muriendo yo, que soy la maldición perenne, ¿ no podrías recuperar la felicidad perdida ?...

ANDRÉS

No, madre : no harías más que sumar un nuevo dolor a este dolor infinito.

MATILDE

¡ Ni siquiera la muerte nos redime !

ANDRÉS

Ni la muerte, madre.

MATILDE

¡ Ah ! Pero eso es inhumano, eso es absurdo y bárbaro. La vida no puede tolerar que el artificio social, el capricho del mundo, estén por encima de sus derechos.

ANDRÉS

Ya ves que sí, madre. Las armas del artificio, lo falso, lo podrido, son la única fuerza de los hombres contra la vida.

MATILDE

¿ Tan fuerte es esa miseria del corazón, hijo ?

ANDRÉS

Tan fuerte, que con ella la vida se tuerce y se destroza, contra toda justicia...

MATILDE

Contra Dios... (Pausa).

ANDRÉS

¡ Madre, madre !, ¿ por qué has sido... mala ?

MATILDE

¡ Ah... ! No he sido mala ; he sido desgraciada, nada más.

ANDRÉS

¿ Por qué me diste la vida, que ahora me estás arrancando a pedazos ?

MATILDE

Porque eras mi vida misma, generándose de nuevo en mis entrañas...

ANDRÉS

¿Y por qué no morimos entonces?

MATILDE

¡No! No tenía derecho a morir, cuando mi cuerpo todo era el divino relicario de una existencia nueva, tributo del amor a la vida. ...No tenía derecho a morir.

ANDRÉS

¡Ni aun cuando esa existencia nueva fuese el testimonio de un estigma...!

MATILDE

De un orgullo.

ANDRÉS

¡Madre!

MATILDE

De un orgullo, por eso, por ese nombre: ¡por madre!

ANDRÉS

¿Pero, no ves cómo el mundo nos desprecia y nos rechaza, negándonos todos los derechos? ¿No ves cómo el amor, que pudo ser la única razón de la existencia que me diste, ese mundo me lo arrebató?

MATILDE

El mundo es abominable y despreciable también.

ANDRÉS

Pero él nos gobierna, madre; él nos manda y nos condena.

MATILDE

Increíble sarcasmo, paradoja inaudita: ¡ que el mundo pese más que la vida!

ANDRÉS

Y que el amor...

MATILDE

¡ No! Pesa más, porque nosotros queremos, porque lo toleramos, porque la cobardía ha hecho presa en tu ánimo, hijo;... porque no te yergues, porque no lo retas...

ANDRÉS

De qué me serviría ese desplante, qué iría ganando con desafiarme todo, si mi altivez y mi coraje habrían de desarmarlos la burla y la mueca? ¿Cómo luchar, cómo alzar la frente y el brazo, si la mofa y el escarnio habrían de rodearme gritando: «¡ Calla, desdichado; no tienes derecho a ese reto; miserable, calla, vete; hijo de una madre...? »

MATILDE*

Acaba: ¡ Mala! Dilo otra vez... ¡ Ah, no! El mal lo hicieron otros, hijo... He sido libre, cierto; he vivido una vida como quise vivirla, y me equivoqué: eso es todo... Yo, ciertamente, no tendría derecho a un nuevo amor santificado; mi conciencia misma lo rechaza; pero tú, sí; tú no eres un extraviado todavía; tú tienes tu nombre puro: el de tu laboriosidad y tu talento; tu tienes derecho a amar y a ser amado. Sería monstruoso que mis errores, si errores fueron, o mis culpas, si fueron culpas, caigan sobre ti.

ANDRÉS

Pero así es el artificio del mundo, madre ; y así hay que sufrirlo y acatarlo, sobre todo cuando se ama, y el objeto de nuestro amor es una presa inarrebtable de ese mundo artificioso.

MATILDE

Yo hice el sacrificio de mi amor infinito de madre ; me impuse la ausencia como una expiación tremenda, para que lejos de mí, lejos de mi contacto y de mi historia, por si podían mancharte, fueras hombre y fueras grande y fueras bueno. Te lo dí todo, ; hasta la sangre de mis dolores !, para luego tener derecho a tu amor, cuando a costa de ese gran sacrificio de mi sangre, fueses dichoso.

ANDRÉS

Sí, sí, madre : te lo debo todo ; te debo la vida, la educación, la posición en que me hallo... ; hasta la posibilidad de llegar a ella ! Pero tú, que todo me lo has dado ; tú, que sentiste desgarraduras de las carnes al darme vida ; tú, que colmaste el corazón de amargura al separarme de tus brazos, me lo arrebatas ahora, de golpe y para siempre, cuando ya constituía un derecho adquirido. Me arrebatas el nombre y la dicha, y me precipitas a un infierno de vergüenzas y de horrores...

MATILDE

Hijo mío... perdóname... perdóname... Soy tu madre ; a pesar de todo, soy tu madre.

ANDRÉS

; Oh ! ; No tenías derecho a darme así la vida !

MATILDE

Piensa en Dios...

ANDRÉS

No puedo pensar más que en mi honor deshecho, en mi amor perdido... En ella, cada vez más lejana y más querida. En ella, sólo en ella.

MATILDE

¡Qué pegados tienes los pies a la tierra, hijo!

ANDRÉS

No, madre: ¡el corazón!

(Pausa. Matilde se aleja, lentamente, y se vuelve para mirar al hijo. Andrés intenta hablar).

MATILDE

Calla... Parece que han llamado... Sí...

ANDRÉS

No será la dicha, que ella ya pasó de largo por mi puerta.

MATILDE

¡Quién sabe, hijo, si volverá algún día!

ANDRÉS

¿Para qué, si no estamos preparados a recibirla..., si no le podemos ofrecer un digno albergue en nuestro seno?

MATILDE

¡Quién sabe!... Confíemos en la justicia de Dios, ya que la justicia de los hombres nos abandona... (Llamando) Julia, Julia...

ANDRÉS

Dios se vuelve también contra nosotros.

MATILDE

¡Quién sabe si es ahora cuando está más cerca!... Julia, Julia...

JULIA

(Entra de improviso) Señora...

MATILDE

Mira quién llama...

JULIA

Está bien, señora.

MATILDE

Luego, quédate abajo. Hoy es día de visitas: tal vez no sea la última...

JULIA

Como la señora mande. (Mutis Julia, foro).

ANDRÉS

¿Quién puede venir a esta casa?

MATILDE

No sé... pero ya es hora de que no sea una nueva pena.

ANDRÉS

Lo será...

MATILDE

Domínate, Andrés; serénate; sé fuerte.

ANDRÉS

No puedo.

MATILDE

Ni yo... ¡Dios mío!

ESCENA XI.

Dichos, y EMMA.

EMMA

(Entrando, sorprendida) ; Ah !

ANDRÉS

; Emma !

MATILDE

; Ella !

ANDRÉS

Emma, amor mío, vida mía... vida y amor imposibles,
¿a qué has venido ?

EMMA

No sé, no sé... pero he venido ; ya ves.

ANDRÉS

¿Cómo has podido atreverte, mi alma ? ¿Cómo has da-
do este paso, sin decírmelo ?

EMMA

No era a ti a quien he querido ver. No sabía que estu-
vieras en esta casa. Entonces, no hubiese venido... Era a
tu madre...

MATILDE

; Pobre niña !

EMMA

A usted, señora...

ANDRÉS

¿Para contemplar más de cerca el horror de esta desgracia?

EMMA

Para decirle a usted—a usted que ha de ser tan buena y tan noble como él, porque es su madre—, que yo no soy mala, ni orgullosa; que yo quiero a Andrés, que seré suya por encima de todo.

MATILDE

¡Inocente criatura! ¡Pobre niña! Acaba usted de hacerme la limosna espiritual más grande que he recibido en mi vida...

ANDRÉS

Pero no puede ser, Emma. Vete; te lo ruego. No añadamos una desdicha más a esta inmensa desventura... Pueden saberlo tus padres; el tío puede enterarse...

EMMA

¡Si él lo sabe!... ¡Qué bueno es!... Cuando se lo dije; creí que me lo prohibiría, que lo encontraría un desatino, una locura; pero, no: me dió un abrazo y un beso, y me dijo: «¡Vete; eres toda una mujer!»

ANDRÉS

¡Generoso y bueno Don Cecilio! ¡Qué gran corazón, debajo de aquella apariencia huraña!

EMMA

El mismo me acompañó, en el coche, y habrá de volver a recogerme dentro de un instante.

ANDRÉS

Emma de mi alma..., la fatalidad quiere que jamás pueda pagarte este bien que me haces.

MATILDE

Tampoco yo podré pagarlo jamás.

EMMA

Queriendo, queriendo mucho, todo se paga.

MATILDE

¿Aunque no se tenga nada digno para pagar?

EMMA

Aunque no se tenga. Queriendo mucho, todo se consigue.

ANDRÉS

Emma, ángel mío, ángel de mi guarda y de mi pena : ¡ es imposible !

EMMA

Nada hay imposible, queriendo

MATILDE

¿ Y muriendo... ?

EMMA

Señora... muriendo, no ; viviendo, amando... Señora, perdóneme ; yo no soy la mala.

MATILDE

Tampoco lo he sido yo, y soy muy desgraciada.

ANDRÉS

¡ Madre !

MATILDE

No lo he sido, hijo. He sido mujer, he sido madre, y... ya ves cómo ahora se me niegan los derechos del amor.

ANDRÉS

Yo te amo, madre ; pero... mira, mira lo que me quitas por haber sido mujer...

EMMA

Ella te lo dió todo entero, con ser la que te puso en mi camino ; a ella se lo debes todo, por ser la que te dió a la vida...

ANDRÉS

Para sufrir...

MATILDE

¡ Dios mío : piedad !

EMMA

Para sufrir y amar, que son las únicas razones de esta vida que tenemos.

ANDRÉS

Emma...

EMMA

¿ Crees tú que yo no sufro, que no se me destroza el alma en el pecho y se me va toda fuera en lágrimas y en dolores ? Sí, Andrés, sufro, sufro mucho ; pero con deleite, con alegría, porque sufro por amor.

ANDRÉS

¿ Y cuando ese amor es un sueño irrealizable, puede haber alegría en su dolor ?

EMMA

El dolor siempre es alegre, porque nos conforta y nos levanta, y nos da, como un sublime consuelo, la medida de la grandeza de nuestras almas... Los que no aman, no saben de esa inefable alegría del dolor... no tienen almas.

ANDRÉS

¿La oyes, madre?... ¿Crees tú que pueda alguien acomodarse a ese breve abismo luminoso, sin sentir un vértigo de cariño y de ternura?

MATILDE

En este momento, hijo, eres el ser más dichoso de la tierra... ¡Bendita criatura, que así nos consuelas!... ¡Oh si fueran alas de ángel mis brazos...!

EMMA

Para mí lo son, señora... ¡madre!! (Se precipita en brazos de Matilde).

MATILDE

¡Hija del alma!

EMMA

Un beso, madre...

MATILDE

¿De mis labios...?

EMMA

Un beso de Dios... (La besa en la frente. Pausa)

ESCENA XII.

Dichos, y DON CECILIO.

CECILIO

(Entrando) Ya sé que estorbo: no me lo digan ustedes.

ANDRÉS

Don Cecilio... ¡Usted también? (Va hacia él, tendiéndole las manos).

CECILIO

Me han dicho abajo que estaba usted, y he creído prudente subir...

EMMA

Has sido prudente y oportuno, «tito»... Mira, mira esta madre, la madre de mi alma, cómo llora...

MATILDE

De alegría.

EMMA

Mírala..., ¡qué hermosa es, qué buena!

MATILDE

Perdóneme, señor... Han sido tantas las emociones que ha sabido despertar en mí este ángel...

CECILIO

Ofrezco a usted toda la sincera simpatía que Andrés me inspira, y el profundo respeto que debo a la madre de

un noble mozo, cuya amistad es una de las pocas que me honran.

MATILDE

Gracias, señor ; muchas gracias.

CECILIO

Con esta visita, aunque impensada por mi parte, ofrezco a usted el testimonio de mi protesta contra la barbarie civilizada que ahora la martiriza.

MATILDE

Otra vez gracias... Sabía que era usted muy bueno ; pero nunca imaginé que lo fuera tanto.

CECILIO

Soy bueno... con los buenos.

MATILDE

Y con los desgraciados.

CECILIO

Con usted, que es una mártir, lo soy con doble motivo.

MATILDE

Tanto, que yo que jamás he sentido vergüenza ante la ruindad que me acusa, la siento ahora, ante la bondad que me perdona.

CECILIO

¿Ha sido usted muy desventurada?

MATILDE

Mucho ; y aun espero serlo más todavía...

CECILIO

¿Como fruto de un amor...?

MATILDE

De una locura.

CECILIO

El amor es eso...

(Pausa. Matilde y Cecilio, se sientan. Andrés y Emma, de pié, hacia la derecha, hablaban en voz baja).

ANDRÉS

¿Es cierto lo que Emma dice? ¿Habló usted con el... canalla de Don Félix?

CECILIO

Sí. Curioso tipo. Mucho más interesante de lo que yo creía.

MATILDE

Y más infame.

CECILIO

No..., más de lo que yo creía, no.

EMMA

¿Y pueden ser interesantes los malvados?

CECILIO

Este, sí. Es un condenado de su propio infierno...

ANDRÉS

Canalla...

CECILIO

Hace el mal, todo el mal que puede, con la careta del bien. Y es que todo él es una máscara perpétua, una contradicción fatal de sí mismo... En el fondo, un desdichado,

un triste... Hay muchos seres como él en el mundo. Contra ellos, los buenos no pueden nada... Son enfermos incurables.

EMMA

Sin embargo...

CECILIO

Sin embargo, Andrés, a ese le arrancaremos la careta. Somos muchos contra él, y, entre esos, estoy yo, que no soy todo lo bueno que ustedes creen.

ANDRÉS

¡ Oh, es usted la bondad misma ! ¡ Y qué mal, que mal se le comprende ; parece mentira !

CECILIO

No me comprenden, por la razón contraria de Don Félix ; porque mi bondad consiste en hacer el mal conforme al concepto que de la maldad tienen los demás. En este caso concreto, ¿ quién le dice a usted que mi cuñado, mi hermana misma, no creen que les hago un mal, y que se lo hago a Emma ? Y, no obstante, ya se ve : no sólo les haría un bien incomensurable venciendo su empeño, sino que se lo haría a usted, a la pitusa, a su santa madre, y ... a mí mismo, por la sola satisfacción de haberlo hecho.

ANDRÉS

¡ Oh, gracias, gracias !

CECILIO

Los conceptos del bien y el mal, al abarcarlos la lenta limitadísima del vulgo, se confunden y mixtifican de manera que, en la mayoría de las ocasiones parecen una co-

sa misma... Esta vez el bien, se ha puesto la careta de la ruindad.

MATILDE

En sus manos está ahora la vida y el consuelo de este hijo...

CECILIO

No; en las de ella... Son más fuertes, porque son más puras. (Andrés mueve tristemente la cabeza).

EMMA

¿No lo crees, Andrés?... Míralas... ¿No te parecen lo bastante suaves y blancas para curar tus heridas?

ANDRÉS

¡Oh...! ¡Mariposas en la flor de mi cariño! (Le toma las manos y se las besa).

EMMA

¡Palomas en tu nido!

(Ambos se van alejando de nuevo hacia la derecha, último término, donde continuaban hablando en voz baja).

MATILDE

(Mirándoles) ¡Qué embriaguez, qué infinita embriaguez de amor!

CECILIO

¡Qué insensata manera de correr con él hacia el desengaño, hacia el hastío!

MATILDE

¿Cree usted que el amor perece?

CECILIO

Víctima de sí mismo, por desgracia. Satisfacer el deseo de amor, es matarlo casi siempre.

MATILDE

¿No ha amado usted alguna vez?

CECILIO

He tenido un inmenso amor, que llenó toda mi vida. Pero... lejos. Por eso vive todavía en mi corazón: porque supe defenderme de él.

MATILDE

Felices los que pueden defenderse de un amor.

CECILIO

Es la manera de hacerlo eterno... Los amores y las luces, son más grandes de lejos. De cerca, se empequeñecen y... ¡queman!

MATILDE

Desgraciados los que perecen en su llama...

CECILIO

El amor es una flor; perfuma, recrea, embriaga; pero si se corta... murió. ¡Oh, dominar un beso, contener una palabra, no mirar, es a veces hacer eterno un amor!

MATILDE

¡Qué cierto es todo eso, y qué tarde lo sabemos!

CECILIO

No; lo sabemos siempre. Sólo que no todos tienen la fuerza necesaria para permanecer firmes al margen de una

corriente impetuosa. No diré yo que la ingratitud, que en amor se llama olvido, sea noble; pero es irremediable, es fatal. Es un reflejo de la vida, la vida misma que marcha en un avance constante hacia su fin, hacia la muerte—; la querida vampiresa!

MATILDE

¡Qué cierto, y qué triste!... Pero calle usted, por Dios; no siga; míreles... Me parece que presagia usted nuevos dolores para ese amor...

CECILIO

Acaso, no. También esos amores, cuando tienen sus raíces en la desesperación y en la pena, suelen ser perdurables...

ANDRÉS

(Al cabo de una breve lucha interior) No. Es imposible, Emma; es imposible.

EMMA

Nada hay imposible para el cariños, Andrés. Sé fuerte. Confía en mí.

ANDRÉS

Pero, ¿cómo, cómo podrás hacerlo, mi vida?

EMMA

Tú, déjame y... confía. Tío Cecilio, tío Cecilio...

CECILIO

¿Qué me quieres, pitusa?

EMMA

¿Tú no has dicho siempre que, tras mi apariencia de niña mimosa, se oculta todo el corazón y todo el carácter de una mujer?

CECILIO

Sí ; lo he dicho muchas veces, y lo siento, ...porque te lo has creído.

EMMA

Es que estoy resulta a demostrarlo.

CECILIO

¡Hola ! (Se levanta).

MATILDE

Ya lo ha demostrado usted de sobra, con haber venido.

EMMA

No importa ; hay que demostrarlo más todavía... hay que demostrarlo defendiendo algo que no le cedo a nadie, que es muy mío: mi cariño.

ANDRÉS

Imposible, imposible...

EMMA

¡ Oh..., te lo juro !

CECILIO

Así me gusta verte. Te reconozco, pitusa.

EMMA

Ahora sabrán mis padres, y Don Félix, y la Prudencia andando, y todos los cuervos que los ciegan, hasta dónde puede llegar la voluntad de una chiquilla.

MATILDE

De una mujer.

EMMA

¡Sí; de una mujer enamorada... Vámonos.

CECILIO

Vamos, hija, vamos.

EMMA

Adiós... Adiós, señora... ¡madre! (Se abrazan).

MATILDE

¡Hija! ¡Bendita seas!

EMMA

La suerte está echada... Adiós (Se dirige hacia la puerta).

ANDRÉS

Adiós... ¡para siempre!

EMMA

(Volviéndose) Para siempre, sí. Este será el último adiós de nuestra vida. De hoy en adelante, no nos despediremos jamás.

(Mutis. Matilde la ha seguido hasta la puerta. Andrés lo intenta también, y Don Cecilio se le interpone).

CECILIO

Hay que dejarla. Yo tengo una fe absoluta en sus inspiraciones. Adiós. Con toda mi alma soy de usted, señora. (Se dan las manos, y sale).

(Pausa larga. Andrés cae en la chaise longue, con la cabeza entre las manos. Matilde, desde la puerta, le contempla y, poco a poco, se le acerca).

MATILDE

¡ Hijo !... ¡ Hijo !... Quiérela, quiérela mucho... No la abandones ; no la abandones nunca... ¡ Piensa en mí : No la abandones !

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Elegante «hall» en la casa de Don Felipe. La escena dividida en último término por columnas: al fondo, cierre de cristales sobre el jardín. En una de las columnas, timbre de llamada; debajo, mesa pequeña para el servicio de teléfono. En el cierre, lateral izda. se supone una puerta. Mesas y sillas de mimbrés a ambos lados de la escena. En la de la derecha, algunos periódicos. Puertas laterales en primer término.

ESCENA PRIMERA

MILAGRITOS, DOÑA PRESENTACIÓN Y MARÍA

(Las dos primeras, entrando por lateral derecha.)

MARÍA

Tengan las señoras la amabilidad de pasar al gabinete.

PRESENTACION

ÑG; somos de confianza: puede avisar a las señoras que aguardamos aquí.

MARÍA

Como las señoras gusten. (Mutis, por la izqda.)

PRESENTACION

(Sentándose, a la derecha, mientras deja el bolso en la mesa) ; Dios mío, qué cara va a poner la ex-prometida de Andrés cuando le soltemos de sopetón la noticia!

MILAGRITOS

La envidia le va a roer los ojos. Figúrate, ella que se ha quedado vacante en comisión...

PRESENTACION

Por sabido, que algo muy grave tuvo que haber pasado para que ese muchacho se retirase...

MILAGRITOS

Nada, mamá ; no le des vueltas : es que la encantadora Emma, está demasiado convencida de sus encantos. Es una presumida insoportable.

PRESENTACION

Sin embargo, hay quien dice que esa actitud de Andrés data de la llegada de su madre.

MILAGRITOS

¿Y eso, mamá?

PRESENTACION

Parece que esa señora no tiene una historia muy limpia, que digamos... Y que ha sido el mismo Don Felipe quien..

MILAGRITOS

¡ Bah! Gran cosa iban a importarle a ese buen señor

las historias retrospectivas, por tal de casar a su hija... La niña es una verdadera desesperada del matrimonio; y los papás, unos verdaderos desesperados de la niña.

PRESENTACION

Milagros, por Dios: eres despiadada.

MILAGRITOS

Pero digo la verdad... Por supuesto, que no tienen que pensar mucho en el regalo para mí. Sería de lo más significativo que me dieran el traje de boda; el mismo que habían encargado para Emma...

PRESENTACION

¡Oh!, pero eso no es posible, niña...

MILAGRITOS

(Risueña) Pero sería graciosísimo, mamá. Figúrate: Manolo, que tanto le hizo la corte a Emma, cuando yo «flirteaba» con Andrés. ...Y es lo que él diría: «no me llevo la niña, pero me llevo el traje, y, dentro, algo que vale más».

PRESENTACION

(Riendo) Eres el mismísimo diablo, chiquilla.

MILAGRITOS

¡Piramidal, como dice Manolo!

PRESENTACION

Desde luego, que no sería prudente darnos por enteradas de nada de lo que aquí ocurre.

MILAGRITOS

Ah, no. Pero verás, verás, las píldoras que les suelto...

ESCENA II.

Dichas, y DOÑA TERESA

TERESA

(Por lateral izquierda) Pero, ¿cómo no han pasado ustedes...?

PRESENTACION

¡ Oh!... ¡ querida amiga!

TERESA

¿Qué tal, Presentación? (Besos) ¿Y tú, Milagritos? Siempre tan mona...

MILAGRITOS

Es favor...

TERESA

El favor es el tuyo, que nos regalas con tu presencia.

PRESENTACION

¡ Qué amable! Y, ¿cómo está usted; cómo están todos los de la casa...?

TERESA

De salud, bien, amiga mía; pero de ánimo...

PRESENTACION

Vamos... No sea usted pesimista.

TERESA

A ustedes, ya las veo, tan sanas, tan alegres...

PRESENTACION

El motivo no es para menos, la verdad.

TERESA

Ya sé, ya sé; no necesitan ustedes decírmelo. ¿Con que la señorita Milagros, será señora dentro de poco? No saben ustedes cuánto me alegro.

PRESENTACION

Oh, gracias...

TERESA

La verdad, ha sido una sorpresa muy agradable.

MILAGRITOS

Muy agradecida, Doña Teresa; muy agradecida.

PRESENTACION

La sorpresa ha sido para todos, amiga mía. Aunque el «flirt» de Manolo era muy antiguo, nunca se había decidido; creo yo que por timidez. Pero lo mismo fué decidirse, que disponer la boda en un abrir y cerrar de ojos.

TERESA

Se ve, se ve que está verdaderamente enamorado. Es una suerte; un chico tan listo, tan simpático, y rico, además.

MILAGRITOS

Oh, eso sería lo de menos, créalo usted.

TERESA

Lo creo. Para los enamorados, no hay mayor riqueza que el amor. Por eso querrá celebrar el matrimonio cuanto antes...

MILAGRITOS

Sí. El ha dicho, de broma, por supuesto, que quiere hacerlo todo sobre la marcha, para no tener lugar de arrepentirse.

TERESA

¡ Qué gracioso !

MILAGRITOS

¿ Y Emma, Doña Teresa : no está Emma aquí ?

TERESA

Quedó arreglándose un poco. Enseguida vendrá.

MILAGRITOS

¡ Ay, cuántas ganas tengo de verla !

(Entra Emma, del cierre, por lateral izquierda).

PRESENTACION

¡ Ah !, pero sí está aquí el encanto de la casa... Ven acá, preciosa ; ven acá.

ESCENA III.

Dichas y EMMA. Luego DON CECILIO

EMMA

Doña Presentación... ¿ qué tal?... Milagritos... un beso, mujer... ¡ Que sea muy enhorabuena !

MILAGRITOS

¡ Ah, pero tú también sabías...?

EMMA

Sí, hija, sí. Como que Fifi no llama a Manolito, desde hace cuatro meses, más que la «Corte de los Milagros»...

MILAGRITOS

¡ Qué raro! No sabía que Fifi hubiese leído un libro como «Nostre Dame».

PRESENTACION

Y tú, ¿ cómo estás, encanto?

EMMA

Ahora... encantada, por el gusto de verlas a ustedes, Doña Presentación.

PRESENTACION

¡ Qué amable y qué preciosa eres!

EMMA

No tanto, por Dios. Pensando eso de mí, ¿ qué íbamos a pensar de Milagritos? Sería cosa de considerarla en las nubes, y... yo la quiero aquí, en la tierra, muy cerquita, para deleite y recreo de todos. ¡ No faltaba más!

MILAGRITOS

Gracias, hija : eso he dicho yo siempre. Que me siento muy de aquí abajo, muy de la tierra : cuanto más pegada a ella, mejor. (Con posse) El pensamiento puede volar a su antojo por el espacio, sin que por eso se abandonen las cosas de la tierra, que tienen mucho más importancia de la que una se figura.

EMMA

Sobre todo, cuando en la tierra está el objeto de esos pensamientos tan... vagorosos, ¿verdad?

MILAGRITOS

Exacto.

EMMA

No sabes cuánto lo celebro, querida.

MILAGRITOS

Hija: la última fiesta de ustedes fué el caos: Rafael y Margot acabaron de entenderse; Fifi y Joaquín empezaron un «flirt» que sabe Dios dónde acabará; Manolo y yo...

EMMA

Que acabaréis en la sacristía...

MILAGRITOS

No hija: ¡allí empezaremos! (Ríen).

PRESENTACION

Y tú, Emma, ¿cuándo nos das esa alegría?

MILAGRITOS

Sí; porque, la verdad, ¿quién iba a decirnos que yo había de ser la primera. Todos te creíamos a ti en ese lugar.

TERESA

Aquello... ya pasó. Fué una equivocación lamentable; una..

PRESENTACION

¡Cómo! Eso no puede ser; de ninguna manera.

PRESENTACION

Sí, sí; hay que arreglarlo, que arreglarlo.

TERESA

Imposible; ~~sepa~~ una locura.

EMMA

Bueno, mamá; no hablemos de eso. Aquí lo que interesa es la felicidad de Milagritos, la satisfacción que a todos nos causa...

TERESA

¡Oh!, cuanto a eso, puede estar segura.

MILAGRITOS

Repito, Doña Teresa, que no merezco yo ese interés...; son ustedes muy cariñosas...

EMMA

Sí, Milagros; lo mereces, mereces ese interés y ese... marido

PRESENTACION

Bien; pues queda hecha la participación oficialmente. Dentro de un mes...

TERESA

Y nosotras muy reconocidas, Presentación...

(Don Cecilio, distraído, por lateral izquierda, retrocede al encararse con la visita).

PRESENTACION

Don Cecilio, ¿nos huye usted?

MILAGRITOS

¡Ay! Don Cecilio, Don Cecilio, pero ¿es posible?

CECILIO

¡Córcholis! Ustedes perdonen. Creí no haber sido visto, y volvía a mi cuarto por los cigarrillos.

TERESA

¡Ibas a fumar aquí!

CECILIO

No, mujer; al jardín... Por lo demás, no hacía más que retardar un poco el gusto de saludarlas a ustedes. Así aumentaba la... ilusión.

PRESENTACION

¡Qué gentil!

CECILIO

He tenido un sumo placer...

PRESENTACION

Vaya usted por sus cigarrros; no le detenemos.

CECILIO

Con su permiso, pues.

TERESA

Pero si has de volver...

CECILIO

Fumando, fumando: ¡ya lo creo!

(Hace mutis Don Cecilio, por la izqda).

EMMA

Y esa rosa, ¿es... prenda de amor? (por la que llevará al pecho Milagritos).

MILAGRITOS

De amor... y de belleza. Es una hermosura.

EMMA

No era cosa de reparar en la flor, llevándola tú tan cerca de la cara; pero, sí; es preciosa.

PRESENTACION

Flores hermosas las de ustedes. Al entrar hemos visto el jardín. Es un encanto.

TERESA

Si quieren ustedes, podemos bajar un momento...

MILAGRITOS

Oh, sí, sí; vamos...

EMMA

Así cortaremos un ramo para ti. También yo quiero hacer ofrendas a ese cariño.

MILAGRITOS

¡Ay, eres buenísima!

TERESA

Vamos, vamos allá.

(Salen todas por la derecha. La escena queda sola unos instantes. A poco entra Don Cecilio, cerciorándose de que no están y lanzando una bocanada de humo del cigarro).

ESCENA IV.

DON CECILIO y DOÑA PRESENTACIÓN

CECILIO

(Solo) ¡Córcholis! ¡Qué lástima que no me deban a mí el haberse ido!

(Va hacia la mesa derecha, sentándose en un sillón. Toma el bolso de Doña Presentación, lo abre y mira lo que contiene. Lo deja de nuevo. A poco, Doña Presentación por la derecha).

CECILIO

(Al abrir el bolso) ¡Uf; qué peste!

PRESENTACION

¡Ay!... usted perdone.

CECILIO

¿Pero, cómo? ¿No se había usted marchado?

PRESENTACION

No. Ibamos al jardín. ¿Viene usted?

CECILIO

No, señora: lo he pensado mejor... Tengo reuma.

PRESENTACION

¡Pobre!... Entonces, Cecilio... hasta más ver.

CECILIO

Hasta entonces, señora.

PRESENTACIÓN

Supongo que de ahora en adelante, no será usted tan avaro de su presencia. No puede usted imaginarse la simpatía que nos inspira... y a mí, de un modo muy singular...

CECILIO

Dios se lo pague a usted, señora... (ap). ¡porque lo que es yo...!

PRESENTACIÓN

Venía por el bolso.... Lo dejé olvidado.

CECILIO

¡Ah, era de usted? (Se lo entrega)

PRESENTACIÓN

El bolso es el único que me interesa. Un recuerdo, ¿sabe usted?... Lo demás, unos cuantos billetes para comprar chucherías a Milagros....

CECILIO

Uno; uno de veinticinco pesetas, y un poco de calderilla.

PRESENTACIÓN

¡Lo vió usted?

CECILIO

Sí; creí que fuera de Teresa. Tiene uno muy igual, aunque... no con tanto dinero.

PRESENTACIÓN

¡Qué ocurrente!... (Zalamera) Vaya... Adiós, Cecilio...

CECILIO

Adiós, señora.

PRESENTACION

Hasta otro ratito, ¿eh? (Mutis).

CECILIO

Hasta... (Viéndola marchar) que no haya otro remedio ; y adiós... ¡ilusiones!

(Don Cecilio se sienta de nuevo, al tiempo que entran Don Felipe y Don Félix, por la izquierda. Al verles, les vuelve la espalda y hace como que hojea un periódico).

ESCENA V.

DON CECILIO, DON FÉLIX y DON FELIPE

FELIPE

De todas maneras, muchas gracias, amigo mío.

FÉLIX

No tiene usted por qué dárme las, Don Felipe. Yo también había pensado, como usted, que lo más conveniente para la seguridad y la paz de todos, sería obtener el traslado de Andrés. Pero, es algo tan delicado y, al propio tiempo, sería tan significativo después de su último éxito...

FELIPE

Tiene usted razón. Soy yo el que debo emprender un viaje, con mi hija, cuanto antes.

FÉLIX

Además, quiero ser enteramente franco con usted: me sería muy enojoso, muy triste, ocasionar un nuevo daño a esa pobre gente. Después de lo hecho...

FELIPE

¿Se arrepiente usted?

FÉLIX

Arrepentirme... no. Por usted lo he hecho, y bien hecho está. Pero mentiría si dijese que, considerándolo friamente, no me causa un profundo pesar. Ha sido algo muy doloroso, muy cruento...

FELIPE

Era el mal menor, querido amigo.

FÉLIX

Sí. No quisiera, ciertamente, deshacerlo; pero lo lamento, lo lamento con toda mi alma.

FELIPE

¿Es usted un gran corazón!

FÉLIX

Un corazón que, bueno o malo, no ha sido comprendido todavía, Don Felipe; créalo usted... Yo mismo no lo comprendo muchas veces.

FELIPE

El mérito de los buenos consiste, precisamente, en no saber que lo son.

FÉLIX

Los buenos, si yo soy bueno, son muy desventurados.

FELIPE

No ; la desventura mayor es para los malos.

CECILIO

(Sin volverse) De acuerdo.

FELIPE

Los buenos tienen el gran consuelo de serlo, que ya es bastante para ser feliz.

FÉLIX

Phs... No sé... No sé. Vaya, le dejo. Ya me comunicará usted sus decisiones. Adiós.

FELIPE

Adiós, Don Félix, adiós.

FÉLIX

En la mesa de su despacho han quedado esos papeles.

FELIPE

Sí ; gracias, amigo mío. (Le sigue hasta la puerta).

FÉLIX

(Al pasar) Don Cecilio...

CECILIO

(Sin moverse) Adiós, adiós.

(Se va Don Félix, por la derecha).

ESCENA VI.

DON CECILIO y DON FELIPE

FELIPE

Estás de lo más inconveniente y lo más desagradecido con Don Félix.

CECILIO

Mira... Yo tolero a los imbéciles, cuando son buenos ; y comprendo a los malvados, cuando son imbéciles. Pero a los canallas inteligentes, ni los comprendo, ni los tolero.

FELIPE

¡ Cecilio !

CECILIO

No me recrimines, si no quieres oírme.

FELIPE

¿ De suerte que tú crees... ?

CECILIO

Que ese es un malvado inteligente ; y el Don Prudencio, un imbécil malvado.

FELIPE

¡ Cómo !

CECILIO

Y que entre los dos, te están convirtiendo, el uno malvado, y el otro, imbécil.

FELIPE

Me harás el favor, no por mí, sino por ellos, de ser un poco más respetuoso cuando hablas.

CECILIO

No preguntes, si no quieres oirme.

FELIPE

Por lo visto, te obstinas en creer que hago mal con lo que hago, y en alentar traidoramente en el corazón de Emma un deseo que el interés de todos está en desaparecer.

CECILIO

El interés tuyo, y no muy tuyo, sino el de tu vanidad y el del fantasma ese de tus principios ; que no el mío ni el de ella. Y, si me apuras mucho, tampoco el de su madre.

FELIPE

Teresa piensa absolutamente como yo, en este caso.

CECILIO

Porque está pegada a tus vanidades y está posesa de tu fantasma.

FELIPE

Te equivocas. Te aseguro que te equivocas.

CECILIO

Y si no hubiese entes serviles y miserables que explotaran esas vanidades y dieran vida a esas sombras chinescas que tanto te preocupan, ni tú mismo sentirías ese interés absurdo.

FELIPE

¿Crees, entonces, que consentiría en entregar a Emma al hijo de una mujer... deshonrada?

CECILIO

Creo, al menos, que serías más comprensivo y más humano.

FELIPE

Mira, Cecilio: En este asunto no llegaremos a entendernos jamás, ¿lo oyes?, jamás. Pero como yo soy el único que debe resolverlo, te ruego que no vuelvas a mezclarte más en él.

CECILIO

No me mezclaré, por lo que a ti se refiere; pero, por lo que se refiere a Emma, yo me entiendo...

FELIPE

En ese caso, se confirman mis sospechas: tú has sido quien la instó a provocar la repugnante escena de ayer...

CECILIO

Esa escena, que debiera llenarte de orgullo, porque demuestra la alteza espiritual, la nobleza de alma de tu hija, la provocó ella, ella sola. Fueron su corazón y su voluntad de mujer, rebelándose contra una gran injusticia.

FELIPE

Injusticia sería si, por debilidad o degeneración moral que estoy muy lejos de padecer, accediera a un capricho insensato que consiste en enterrar en lodo el nombre de mi casa y la pureza de mi hija.

CECILIO

O en honrarlos...

FELIPE

¡Qué dices...!

CECILIO

Digo que la historia de los padres no debe alcanzar nunca a los hijos, para el bien ni para el mal. Bueno que alcancen su dinero, aunque también es injusto. Pero la dignidad y el honor, son algo muy personal, muy exclusivo de cada sujeto ;... y cada sujeto, por consiguiente, es quien puede crearlos para sí, y defenderlos luego.

FELIPE

Como yo los defiendo ahora... Además, no te esfuerces: conozco de sobra esas teorías, pero no me convencen.

CECILIO

Te convencerían sí, por suerte tuya, te hallaras en el mismo caso de Andrés.

FELIPE

¡ Cecilio... ! Ten cuidado con lo que hablas.

CECILIO

Andrés es hoy más comprensivo que tú, y también más digno de respeto, porque sabe y sufre lo que muchos ignoran, aunque lo sufran de igual suerte. ¡ Qué sabe nadie de la historia secreta de sus padres ! ¡ Qué sabemos nosotros de nuestras madres mismas !...

FELIPE

En las madres se cree como se cree en Dios.

CECILIO

Se cree, sí ; conformes. Pero no se sabe.

FELIPE

No barbarices. ¡ Basta !

CECILIO

Hablo por mí...

FELIPE

Por ti, no me importa ; pero repara que ofendes a tu hermana, a mi esposa.

CECILIO

Bien : hazte cuenta que no somos más que hermanos ...de leche.

FELIPE

No puedo hacerme semejantes suposiciones, ; bufón !

CECILIO

Sin embargo, está seguro de que nadie, nadie, puede saberlo. Puede existir—y existe, ; ya lo creo!—la fe absoluta, la fe ciega, la que se pone en Dios, como tú dices; pero la evidencia, no, querido ; la evidencia, nunca.

FELIPE

; Basta, basta he dicho ! ; No barbarices, no injurias !

CECILIO

No barbarizo, no injurio... Digo verdades, por bárbaras que te parezcan, y nada más. ¿ Quién te dice que Andrés, antes de recibir este golpe horrible, que ha desquiciado su vida y le ha robado el amor, no tenía su fe, una fe sagrada en la pureza de su madre ? ¿ Y crees, acaso, que esa fe, como tal fe, pudo tener nunca un valor inferior a la tuya?... ; No ! Precisamente porque la fe ha rodado deshecha, al golpe de algo espantable y trágico, como es la realidad de una situación equívoca, fuera de la órbita del honor social, ha sido tan sangriento, tan desgarrante

el desengaño... (Pausa) Y no tienes tú derecho a hacer que, además de un desengaño, sufra una injuria...

FELIPE

No soy yo ; es la realidad de su situación misma la que la engendra.

CECILIO

Y no tienes derecho, además de la injuria, a envenenar su alma, arrebatándole el consuelo de un cariño, y destrozar, a la vez, el corazón de tu hija...

(Se oye la voz de Emma, todavía sin entrar en escena).

ESCENA VII.

Dichos; DOÑA TERESA y EMMA

EMMA

Sí, sí ; iré con mucho gusto... Adiós.

TERESA

(Ya ambas en la puerta, viéndose) Y no sean ustedes tan olvidadizas, que venden muy caras sus visitas... Adiós.

EMMA

Adiós, adiós... (Pausa. Volviéndose) ¡ Ay, qué gracia, «tito» Cecilio ! Está Doña... «Tortícolis», que no cabe en sí de gozo con el casamiento de Milagritos.

CECILIO

¿Cómo ; se casa la salamandra sabihonda, por fin ?
¿Con quién ?

EMMA

Nada menos que con Manolito.

CECILIO

¡ Con Manolito ! ¡ Pobre !

EMMA

¿ Ella, verdad ?

CECILIO

El... Es cien veces más insoportable una mujer sabia, profesionalmente sabia, que un hombre tonto.

(Doña Teresa se habrá sentado en un sillón).

EMMA

Y si vieras qué inconveniente es a veces la presunta casada... Todo han sido indirectas y frases de doble sentido.

CECILIO

Lo creo. Ya lo dijo el bueno y donoso Don Francisco de Quevedo : « La envidia está flaca, porque muerde, y no come ».

EMMA

Ja, ja, ja....

CECILIO

No viene del todo mal una cita literaria, cuando se trata de esa especie de « Jorge Sand » en canuto...

EMMA

Le viene mejor que un marido... Por supuesto, la mamá también me ha soltado lo suyo entre flor y flor.

CECILIO

Lo creo, lo creo. Bajita, redondita y avinagrada: parece un tarro de Pickles!

EMMA

¡Ja, ja, ja!... Bueno, me voy «tito». Tengo que hacer... Hasta ahora.

CECILIO

Adiós, pitusilla; hasta ahora.

(EMMA inicia el mutis. Se habrá levantado Don Cecilio, sentándose Don Felipe, en su lugar).

FELIPE

Oye... ¿qué es eso que tienes que hacer con tanta prisa?

EMMA

(Seria) Con prisa, no... Repasar unas cartas, y escribir otras; nada más.

FELIPE

Bien, pero... cuidado, mucho cuidado con lo que se hace.

EMMA

Lo tendré; no te preocupes.

FELIPE

Y cuida también de no repetir nunca, nunca, ¿lo entiendes?, escenas como a la que diste lugar ayer.

EMMA

No las repetiré; sobre todo, cuando son inútiles.

FELIPE

Y aunque no lo sean: ¡cuidale bien!

(Emma, silenciosa, hace mutis, por el
cierre, lateral izquierda).

TERESA

(Suspirando) ; Ay, Dios mío!

ESCENA VIII.

TERESA, DON CECILIO y DON FELIPE

FELIPE

Aquí tienes a esta perpétua paradoja de tu hermano, que se obstina en suponer, gratuitamente, que no eres por completo de mi opinión en este desgraciado asunto de los amores de Emma.

TERESA

Sí, Cecilio; aunque lo lamente y me duela en el alma, estoy conforme con la actitud de Felipe en este caso.

CECILIO

(Al otro extremo de la escena, sentado). Aunque te duela en el alma...? Ya eso quiere decir que, en el fondo del alma, no estás todo lo conforme que tú supones.

FELIPE

Acaso crees que a mí no me duele, como a ella?

CECILIO

Tú no has tenido tiempo de sondear tu alma, porque vives de lo que sienten y piensan los demás. Los fantasmas que te cercan, absorben toda tu atención y toda tu vida.

TERESA

Repara que esa es la opinión de los amigos también...

CECILIO

¡ Los amigos !... ¿ Tú crees en los amigos ?... En las graves crisis morales, ¿ crees que los amigos te habrán de guiar y aconsejar mejor que tu familia, que tus hermanos ?

FELIPE

En el caso presente, ya se ve que sí.

CECILIO

Lo dices, porque ellos satisfacen tu egoísmo, porque halagan tu vanidad y explotan tu prejuicio. Pero, créeme: la amistad no es amor, ni consideración, ni afecto; no es más que un instinto animal que une y asocia a los hombres para defenderse del aburrimiento o del peligro.

FELIPE

¿ Teorías otra vez ?

CECILIO

Verdades siempre. Ante tus alegrías, ante tus éxitos, esos titulados amigos fingirán una indiferencia discreta unas veces, otras desdeñosa, insultante siempre; pero en el fondo no habrá más que envidia contenida, odio frenado. Y si sufres una desgracia, si el infortunio o la infamia

te cercan, la mitad de esos amigos te acosará con hipócritas consuelos, que a cada paso recuerden tu desventura, avivando y envenenando la herida con su veneno envuelto en miel. Cuanto a la otra mitad, o se alejará de tu lado, o se volverá airada contra ti. De todas maneras, esa llamada amistad, quedará satisfecha.

TERESA

Pero no son los amigos sólo los que ese aconsejan. Ya ves, Don Félix...

CECILIO

¡ Don Félix!... No podías citar otro ejemplar más a propósito.

TERESA

Lo digo, porque no es persona de gran amistad con nosotros, y, además, quiere a Andrés, lo admira...

CECILIO

Lo detesta.

FELIPE

El ha dicho siempre todo lo contrario.

CECILIO

Lo detesta, y... si lo admira, es porque no tiene otro remedio.

FELIPE

Pues ya basta con que lo admire...

CECILIO

No ; sobra. Porque la admiración, cuando no va asistida del cariño, no es más que una amable careta de los rencores y de la envidia.

TERESA

A pesar de eso, yo no creo que la admiración ni ningún otro sentimiento de esos...

FELIPE

De esos que son... todo lo contrario de lo que son, según las teorías de este.

TERESA

...hayan precipitado a Don Félix en contra de Andrés y a favor nuestro.

CECILIO

En contra de todos. Cuantos sentimientos engendra el corazón de ese hombre, son fatales; fatales, incluso para él mismo... Aunque esos sentimientos, sean de amor, son fatales.

TERESA

Sin embargo, yo supongo...

CECILIO

Entre tú, que supones, y yo, que estoy seguro, la razón tiene que estar de mi parte.

FELIPE

Basta. Ahora no se trata de lo que hagan u opinen los demás; sino de lo que resolvamos nosotros. Y mi resolución ya está tomada. He de evitar, pese a quien pese, que mi hija figure en la familia de una perdida...

CECILIO

¡Perdida! ¡Y llamas perdida a una madre, Felipe! Parece mentira.

FELIPE

¿Qué es, entonces, esa mujer en tu concepto?

CECILIO

Ya lo he dicho: una madre. Los pecados de amor, por amor mismo se perdonan; el amor de madre lo purifica todo. Fuera perdida, si hubiese abandonado al hijo para perseverar en el extravío; pero ella se consagró al dolor para salvarlo...

TERESA

¡Pobre mujer!

FELIPE

Teorías, teorías, nada más.

CECILIO

Y hechos que, desgraciadamente, las demuestran.

FELIPE

Para una mujer que así concibe un hijo, no hay más redención que la muerte.

CECILIO

¡Bárbaro principio!

FELIPE

Pero, ¿lo reconoces?

CECILIO

No. Ese sería el crimen verdadero... Mira, Felipe: en una de mis correrías por el mundo, joven y fuerte todavía, quiso la casualidad que fuese testigo de un episodio que, en cierto modo, testimonia la barbarie primitiva de esta sociedad, que así condena a los no nacidos y a las madres...

FELIPE

Los ejemplos no demuestran nada, cuando los hechos se definen por sí mismos.

CECILIO

Escucha... Habíamos dejado el buque, anclado cerca de tierra, y en un pequeño bote nos dirigíamos hacia la costa, solitaria entonces, cuando, de improviso, vimos a una pobre mujer que corría como loca, hasta trepar los muros de un estanque, sobre los cuales alzó un momento la cabeza, en actitud soberbia, y se precipitó luego en las aguas.

FELIPE

Admirable, si es que había sido deshonrada.

TERESA

¡ Desgraciada... pobre !

CECILIO

Aguarda... Solo unos setenta metros mediaban entre la playa y el estanque : corrimos hacia él, y, una vez allí, pudimos comprobar la realidad de lo que habíamos supuesto. Los marinos de mi barco extrajeron el cuerpo ; pero todo fué inútil ya. La desdichada mujer, herida también por el golpe contra unas piedras, había muerto.

FELIPE

Admirable digo, si fué para no sobrevivir a su deshonra.

CECILIO

Espere, espere... Dimos cuenta del hecho en el Juzgado, y allí supimos, horas más tarde, que aquella mujer,

una doncella de casa grande, había sido seducida por su amante y despedida luego por los señores, cuando advirtieron que iba a ser madre...

FELIPE

Admirable, admirable, te repito.

CECILIO

¿Admirable, qué?... ¿Que una infeliz mujer, acosada por leyes decrépitas y bárbaros prejuicios, busque la muerte cuando en sus entrañas canta la vida?...

FELIPE

Y la infamia.

CECILIO

¿Que hostigada por el espectáculo repugnante que ofrecen los necios burladores, frente a la maternidad augusta, aquella infeliz mujer cometiera el doble crimen de matarse y de matar al hijo?

FELIPE

Era un fruto maldito.

CECILIO

No, no. Es que ahora todavía, como entonces, ignoran los hombres de un siglo civilizado, que las puras, las santas, las benditas mujeres, son todo eso, no por vírgenes, cuya lamentable esterilidad está contra Dios y la naturaleza; sino por madres; amantes y generosas madres, en cuyos vientres fecundos está el crisol de las generaciones venideras.

FELIPE

Se puede ser madre con honor.

CECILIO

Menos cuando no se puede, o cuando ese honor, un canalla lo arrebató.

FELIPE

Todo el mundo puede defenderse de los canallas.

CECILIO

No lo creas. Tú mismo eres víctima de ellos, sin que lo sepas.

FELIPE

Te explicarás... ?

CECILIO

Sí ; pero antes escucha el final de mi relato... Al día siguiente, todos los de mi barco, llevados de una insana curiosidad juvenil, acudimos al depósito de cadáveres del cementerio... Y ante aquel cuerpo desnudo, tendido en la mesa de autopsias, bañado en un mator frío ; ante aquellos senos marchitos, que fueron ánforas llenas de miel ; ante aquellos labios amoratados, que fueron ardientes flores de pasión, ante aquel sexo, ya intangible—todo el triste despojo de la crueldad social—, yo no pude menos que repetir con cierta melancólica ironía : « ¡ Miren ustedes donde demonio se ha ido a refugiar el honor ! »

FELIPE

No sigas ; ni una sola palabra. Lo prohibo. (Pausa)
; Teresa, Teresa, qué te ocurre?... ¿ Lloras ?

TERESA

Sí... ¿ Qué quieres ? Soy mujer, soy madre, y... no puedo más, no puedo más...

FELIPE

¡Era esto lo que faltaba! Vaya, serénate... Has logrado tu propósito, Cecilio: te felicito.

TERESA

No puedo más... el alma se me deshace... no puedo más. Les dejo: adiós...

FELIPE

Serénate, digo. No llores... Espérame en tu cuarto...
¡Vaya, vaya, no llores!

(Sale Teresa por la izquierda. Don Felipe la conduce hasta la puerta).

ESCENA IX.

DON CECILIO y DON FELIPE. Luego, DON PRUDENCIO

FELIPE

¿Ves lo qué sacas con tus predicaciones y tus retoricismos aviesos; lo ves?

CECILIO

¿Ves cómo su corazón es muy distinto del tuyo; lo ves, Felipe?

FELIPE

Lo que veo es que tú y yo hemos de terminar mal, si persistes en esa actitud de redentor de malas hembras. En

mi casa no hay más voluntad ni más doctrina que las que yo impongo.

CECILIO

Olvidas que hay también otros corazones, con sus afectos y sus doctrinas diferentes.

FELIPE

No me importa. Los míos son más firmes, y prevalecerán siempre por encima de los de mi hija, nacidos del acaso y del capricho.

CECILIO

No te fíes, ni olvides nunca estas palabras de un profundo conocedor de la ciencia del espíritu: «Las mujeres acostumbradas desde niñas a doblegarse y a ocultar, sumisas, todos sus deseos, tienen, cuando despliegan sus energías ocultas, un poder y una fuerza extraordinarios... No te fíes.

FELIPE

Llegarán tarde esas energías, si es que llegan. La solución de este conflicto ya está dada.

CECILIO

No; aun, no. Y recuerda lo que en cierta ocasión te dije: Las ecuaciones del honor no admiten más que una sola incógnita para los egoístas; por eso son tan fáciles de resolver para ellos, para los que, como tú, se colocan siempre del lado favorable. Pero cuida de que el problema no se complique, de que no ofrezca dos incógnitas a la vez; porque entonces no serás tú, ciertamente, quien pueda resolverlo.

FELIPE

¿Pues, quién?

CECILIO

La vida...

FELIPE

¡Bah! ¡La vida!... ¡Cómo se te llena la boca con esa palabra, que la mayoría de las veces suena a hueco!... ¡La vida! ¡Un concepto retórico, por encima de la realidad de una decisión y de un principio!

CECILIO

Eso, eso, el principio, sí que suena a retoricismo hueco. Una lacra social, por encima de los mandatos del corazón y los dominios de la naturaleza... ¡El principio!

FELIPE

Bah, bah... No habrá forma de que nos entendamos. Vale más callar.

CECILIO

Y harás bien, si no piensas decir más de lo que has dicho.

(Pausa. A poco, Don Prudencio, entrando de la derecha).

PRUDENCIO

Contando con el permiso de ustedes, he llegado hasta aquí: pero si...

FELIPE

¡Prudencio! ¡Cuánto me alegro! Pase, pase usted.

PRUDENCIO

¿Cómo va, querido amigo?

FELIPE

Cada vez más amargado, más torturado de ánimo. Ya no es sólo la lucha contra mis propios sentimientos; sino también contra los demás, contra la familia...

PRUDENCIO

¡Ah, ya! Lo comprendo, Don Felipe, lo comprendo.

FELIPE

¿Sabe usted que ya están aquí los papeles prometidos de Don Félix?

PRUDENCIO

Hombre; lo celebro.

FELIPE

Son muy interesantes. Cuando usted guste, podemos pasar a examinarlos en mi despacho.

PRUDENCIO

Vamos, vamos ahora mismo.

FELIPE

Sí, mejor será... Siga usted.

PRUDENCIO

(A Don Cecilio, que se habrá sentado a la izquierda)
Con su permiso...

CECILIO

Permiso...? ¿Para qué? ¿Para irse? ¡Usted lo tiene siempre, Don Prudencio; no faltaba más!

PRUDENCIO

Este Don Cecilio...

FELIPE

Vamos, no le haga usted caso: no merece la pena.

(Mutis Don Felipe y Don Prudencio,
por la izqda.)

CECILIO

Hala por ahí... ¡murciélago!

ESCENA X.

DON CECILIO y EMMA. UNOS instantes MARIA.

Al final, DON FELIPE.

EMMA

(Por el clerro) ¿Estás solo, «tito»?

CECILIO

Solo, gracias a Dios; y contigo, que eres un ángel de Dios.

EMMA

Ya te he oído. ¡Qué bueno eres!... No sé cómo es posible oírte, sin comprender que es la voz de la razón y de la bondad mismas, la que habla por tu boca.

CECILIO

El corazón de tu padre no le pertenece : está todo embrujado por los fantasmas. El de tu madre, aun se extra-
vía y se pierde con el de él ; pero ese lo recobramos más pronto.

EMMA

Pero el caso es que yo no puedo esperar a recobrarlo. Yo necesito solucionar hoy mismo esta cuestión. La incertidumbre me ahoga, me desespera...

CECILIO

¿ Y cómo piensas lograrlo ?

EMMA

Tengo ya un plan trazado ; atrevido es, pero lo tengo. Quiero agotar todos los recursos, antes de cometer una locura.

CECILIO

¿ Qué has hecho ? Dime.

EMMA

Le he escrito a Andrés, para que venga, que venga enseguida ; que papá le aguarda con los brazos abiertos, dispuesto a perdonarle y hacerme suya...

CECILIO

¡ Pitusa, eres genial ; pero loca !

EMMA

Loca, no ; yo me entiendo... No quisiera dar un disgusto grande a mis padres ; pero no hay más remedio, no hay más remedio...

(Llama al timbre, en una de las columnas del fondo).

CECILIO

¿Pero, qué te propones? A ver...

EMMA

Verás, verás... Te aseguro que lo has de encontrar muy... «estratégico».

CECILIO

Lo creo, pero dime, dime qué camino piensas seguir...

(Entra María, por lateral izquierda).

MARÍA

¿Llamaba el señor?

CECILIO

No; yo, no.

EMMA

(Sacando un sobre) Mira... esta carta, al señorito Andrés. Enseguida.

MARÍA

La señorita perdonará lo que voy a decirle, pero...

EMMA

Perdonada, perdonada. Luego me lo dirás. Anda; de prisa..

MARÍA

Pero... es que me está prohibido, señorita. No puedo llevar esa carta...

EMMA

¿Cómo! ¿Quién te lo prohíbe?

MARÍA

El señorito Don Felipe. Ha dado orden de que se lo digamos así a la señorita...

EMMA

¡Me lo temía!... (Pausa) Está bien ; retírate.

MARÍA

Yo la llevaría de muy buena gana ; pero Pancho, el ayuda de cámara del señor, nos vigila... La señorita perdonará...

EMMA

Perdonada, mujer, perdonada. Vete.

MARÍA

La verdad, yo...

EMMA

Vete, vete ; no digas más.

MARÍA

Yo bien quisiera...

(Hace mutis María).

EMMA

¡Habrás visto!... ¿Qué te parece, «tito», esta nueva hazaña de papá?

CECILIO

Que todavía tienes que darle gracias por no haber ordenado que las cartas se las entreguen a él. Ha sido una delicadeza muy digna de un hidalgo de su ilustre proscipia.

EMMA

Sí ; pero me ha puesto en evidencia ante los criados, y váyase lo uno por lo otro.

CECILIO

Tanto mejor. En el fondo, tienes ahora un aliado en cada doméstico. Los criados odian a los amos, porque les mandan; pero aman sinceramente a los que no les pueden mandar.

EMMA

Buena, «tito»... Pero el caso es que Andrés está desesperado, loco; que está haciendo sufrir a su pobrecita madre, y es capaz de cualquier tontería que empeore la situación. Es preciso que hoy, hoy mismo, se solucione esto; hoy me siento con ánimos de arriesgar el todo por el todo. Necesito que venga Andrés, que se encare con mis padres, con Don Prudencio, y que los mismos que me arrancaron de su lado, me devuelvan a él... (Pausa) Pero ¿qué hacer, Dios mío; qué hacer?... (Otra pausa. Acercándose, zalamera, a Don Cecilio) Oye, «tito», «tito» Cecilio... tú que eres tan bueno, que me quieres tanto... ¿por qué no sacas a tu pitusa de estos apuros?

CECILIO

Pero, ¿cómo? ¿Yendo a ver a Andrés?... ¡No, cocholis! Eso no estaría bien.

EMMA

¡Ay, Dios!... Mira, tú puedes ordenar a los criados que lleven una carta... A ti no se atreverán...

CECILIO

No, no; de ninguna manera. Me expondría a que me dijeran lo que a ti, y entonces, el último resto de mi autoidad quedaría en ridículo. Además, tú sabes que soy «autónomo»; no quiero alianzas con nadie, a excepción de ti, que eres cosa propia.

EMMA

¿Qué hacer, Dios mío; qué hacer? (Rompe la carta, Pausa).

CECILIO

¡Córcholis!... ¡Llámale al teléfono!

EMMA

¡Tate! ¡Pero qué tonta! No se me había ocurrido. Como nunca lo utilizo... (Se dirige al teléfono, y llama).

CECILIO

Ni yo. Es un chisme demasiado fastidioso. El teléfono y las sangrías, para los casos extremos nada más.

EMMA

(Al teléfono) ¡Cuadro! ¡cuadro!... ¡Central!... ¡El 191!... (Pausa) Sí, sí. (Pausa) ¡Andrés!... Soy yo; Emma... Sí; la misma. Oye... oye... (Pausa) ¡Ay Dios, qué artefacto más antipático! El teléfono no parece inventado más que para aumentar la desesperación de los ausentes... Andrés, Andrés.... Le oigo la voz allá, muy lejos, y muy débil, muy débil...

CECILIO

¡Claro; pendiente de un hilo, mujer!

EMMA

(Al teléfono) Andrés, ¿me oyes?... Espera. (Da a la palanca).

CECILIO

Y luego dicen que el progreso acorta las distancias...
¡Las confirma!

EMMA

Ahora, sí ; gracias a Dios... Oye : te llamaba para una gran noticia, la fausta noticia de nuestra felicidad... (Pausa) Lo que estás oyendo... ¿Cómo? ¿Que no oyes? ; Ay, yo me muero! (Da a la palanca).

CECILIO

Ciertamente, ese recurso científico debe ser un poco enojoso para los enamorados ; lo comprendo.

(Mientras Emma dice lo que sigue, aparece Don Felipe por la izquierda. Emma, sentada y de espaldas, no le ve. A poco, Don Felipe, sorprendido, interroga a Don Cecilio. Este hará un gesto, como para significar que lo ignora).

EMMA

(Al teléfono) Sí, sí. Mira.... Mi padre vuelve de su error ; quiere que le perdones su actitud, que ahora reconoce injusta... Te espera con los brazos abiertos... Ven, ven...

FELIPE

¿Con quién habla?

CECILIO

Creo que con el 191.

EMMA

(Al teléfono) Sí ; que vengas, que vengas. Enseguida, enseguida... ; Seremos muy dichosos!

FELIPE

¿Qué significa esto? ; Con quién hablas, Emma?

EMMA

(Subrayando las palabras) Pronto, pronto ; no tardes, amor mío...

FELIPE

(Iracundo, yendo hacia ella) ¡ Emma ; quite de ahí... ¡ Con quién hablas !

EMMA

(Ingenua, levantándose) Con Andrés...

FELIPE

¡ Cómo te atreves, desgraciada ? ¡ Qué le has dicho !

EMMA

(Ingenua) Eso ; lo que has oído ; que venga ; que tú le esperas y le perdonas, porque has sido injusto, y no quieres ver desventurada a tu pobre hija... ¿ verdad, papaito ?

FELIPE

Peró eso no puede ser ; es una locura. ¡ Tú mientes, Emma ! ¡ Es imposible !

EMMA

No, papaito, no. ¡ Si estoy rebotando alegría ; no me ves ?

FELIPE

Tú deliras, hija, tú deliras... Calla, por Dios.

EMMA

¡ Qué bueno eres ; qué dichosa soy !

FELIPE

¡ Infeliz, calla, que me precipitas, que me confundes !

EMMA

(*Ingenua siempre*) Bien decía yo que mis padres no podían oponerse a la felicidad de su hijita querida, de su hijita del alma... ; que ellos quieren a Andrés, y lo llaman, y lo perdonan, y lo acogen en su seno, y lo salvan, y lo redimen... Y todo con la feliz circunstancia de que, siendo el que ellos prefieren, es también el mío, el que yo amo, el elegido de mi corazón...

FELIPE

¡ Pobre criatura : estás loca, loca !... (*Llamando*) ¡ Teresa, Teresa ! ¡ Prudencio !... ¡ Pronto, por favor !... ¡ Dios mío ; vuelve en ti, hija, vuelve en ti !...

ESCENA XI.

DICHOS: DOÑA TERESA Y DON PRUDENCIO

TERESA

(*Entrando*) ¡ Qué pasa, Felipe, qué pasa ?

PRUDENCIO

¡ Don Felipe, por Dios !

FELIPE

Que esta hija se ha vuelto loca... Ha llamado a Andrés ; le ha dicho que venga ; que le esperamos con los brazos abiertos...

TERESA

¡ Hija, qué has hecho ?

EMMA

(Todavía ingenua) Eso, madre ; eso...

TERESA

¡ Eres loca, loca, hija !

EMMA

(El mismo tono) Loca, no, madre ; enamorada y mujer...

FELIPE

¡ Calla, calla, desventurada !... ; Qué desgracia !

EMMA

Desgracia, no, padre ; alegría, infinita alegría del amor... (Una pausa).

CECILIO

(Al otro extremo de la escena) Parece... parece que el problema se complica...

FELIPE

¡ Ah, maldito !

EMMA

(Con igual mimo) Se complica, sí, padre... Y oye, tú, óyelo bien ; y tú, madre ; y usted, Don Prudencio...

FELIPE

¡ No hablarás, no hablarás, desdichada !

EMMA

Sí, hablaré..., interesa a todos que hable...

FELIPE

Cuando es inevitable la deshonra, cuando está en noso-

tros mismos, ¡bueno, santo Dios! Pero atraerla sobre la pureza de nuestro nombre, por una obsesión, por un capricho, ¡no, nunca!

EMMA

(Cambiando de tono súbitamente; con una energía insospechada) Basta. Amo a Andrés, porque le amo, y porque debo amarle; porque vosotros que le rechazáis, haciéndole responsable de una culpa que no ha cometido, sin que os basten su caballerosidad ni su honradez ni su talento, para redimirlo; vosotros que os empeñáis en sumergirlo hasta ahogarlo en el lodo de que él quiere huir; vosotros que os creéis superiores, puros, intangibles, y que os apartáis de su contacto, porque creéis que mancha y que envilece, no os habéis parado a saber si lo que defendéis, lo defendéis por los fueros de una verdadera justicia...

FELIPE

¡Qué quieres decir!

EMMA

Que si de lo que se trata es de librar a vuestra hija del amor de un hombre que no creéis digno de ella, debéis pensar primero si esa hija es digna de cualquier otro hombre que no sea él...

FELIPE

¡Emma!... ¡Por Dios, no me confundas; no me vuelvas loco!... ¡Emma!

TERESA

¡Hija!

EMMA

No, padre; necesito de todo tu sano juicio, para que

me oigas... Escúchame; escúcheme usted también, Don Prudencio—usted, que ha sido siempre el amigo fiel, el consejero sabio, el ejemplo y la voz de la moral y de lo recto—, ¿sabe usted, sabe alguno de vosotros por ventura, si yo—que he querido y quiero a Andrés hasta el delirio y estoy pronta a dar por él la vida—, me encuentro o no, dentro de la órbita en que gira vuestra moral y ese concepto del honor que inspira todas vuestras resoluciones... ?

FELIPE

¡¡ Qué dices!!... ¡ Calla: tú mientes!

EMMA

¡ No!

FELIPE

¡ Calla!

EMMA

¡ Digo verdad!

FELIPE

¡ Calla!

EMMA

Digo verdad, padre... ¡ Ese hombre, que vosotros creéis deshonorado, es el único que puede—sin mengua—devolver la honra a todos en esta casa!

FELIPE

¡¡ Dios mío!!

TERESA

¡ Emma!

EMMA

¡ Madre! (Se precipita en brazos de Teresa).

FELIPE

¡ Dios mío !... ¡ Hija, por qué no has muerto ?

EMMA

No, padre ; es que ansío vivir ; vivir para amarle, para amarle siempre, con todo el fuego de mi sangre, con toda la emoción y la dulzura de mi alma... Amarle, con este amor inmenso, infinito, que consuela y que levanta...

TERESA

¡ Vamos, hija ; desgraciada, vamos... ! (Llorando).

EMMA

¡ Madre ! (La besa, y hacen ambas el mutis, despacio y abrazadas, por la izquierda. Don Felipe, como anonadado. Don Prudencio, como si tratara de ocultar su presencia)

ESCENA XII.

DOM CECILIO, DON FELIPE Y DON PRUDENCIO

FELIPE

¡ Cecilio, por favor : dime que todo eso es mentira, mentira... !

CECILIO

Yo... te compadezco. ¿ Qué más te puedo decir ? Ya te he dicho bastante, y no me has oído...

FELIPE

¡ Ah!... ¡ Ah! Esto es un sueño, un sueño atroz, una pesadilla del infierno!... ¡ Despiértente, despiértente, o mato a esa hija!

PRUDENCIO

(Yendo hacia él) Don Felipe, por Dios; basta. Sosiéguese... Vuelva en sí... Cálmese...

FELIPE

¡ Ah, Prudencio...! ¡ Ya sin honor; sin honor, y esperándolo todo del deshonor...!

PRUDENCIO

¡ Basta, por Dios; basta!...

FELIPE

¿ Dios mío, qué es esto?...

CECILIO

(Sentencioso) La otra incógnita del problema... Ya te lo dije... La ecuación de dos incógnitas, que no has podido resolver con arreglo a tu egoísmo... Ante esos dos conflictos contradictorios y extremos, sólo la vida ha podido dar una solución acertada y justa... ¡ La vida, que son ellos, porque son la juventud y el amor!

FELIPE

Y no hay más que aceptar su fallo...

CECILIO

No hay más.

FELIPE

Razón tenías...

CECILIO

La vida la tiene siempre.

FELIPE

Por favor, que ese hombre no sepa, que ignore siempre que yo conozco la razón de mi desventura. ¡No se lo digas...! Que consiento, que le perdono, pero nada más...

CECILIO

¡Infeliz! Todavía el prejuicio te encadena!...

PRUDENCIO

¡Pobre amigo!

FELIPE

Vamos, Prudencio; vamos a ese despacho; a encerrarme en él, a desesperarme, a rugir (Sollozando).

PRUDENCIO

Vamos, amigo mío; pero calma, por Dios; calma...

(Salen ambos por la izquierda. Don Cecilio queda en actitud meditativa unos instantes).

CECILIO

¡Demonio... demonio!...

ESCENA XIII.

DON CECILIO y EMMA. Al final, ANDRÉS.

EMMA

(Por el cierre, cerciorándose de que está solo el tío)
¡«Tito»...!

CECILIO

Chiquilla... ¡eres incomensurable! Dame un abrazo.

EMMA

¡Qué disgusto más grande se han llevado: pobrecitos!... Pero no había más remedio, «tito», no había más remedio... Primero era el cariño, mi amor, mi vida...

CECILIO

No digas nunca esta verdad. Es la única mentira que te aconsejo.

EMMA

¡Mi única mentira! Lo reconozco. Pero, era precisa... Una mentira que afirma la única verdad que hay en la vida: el amor.

CECILIO

Cierto. Triste es que para llegar a la verdad, tengamos que correr los caminos de la mentira; pero el artificio social lo impone de esa suerte. Cuando se quiere salir de este pantano, el primer escalón, el punto de apoyo, es el propio fango.

EMMA

¿Crees tú que papá no habría de perdonarme nunca?

CECILIO

Sí; lo creo. Además, importa mucho que te consideren capaz de todo siempre, en la defensa de lo tuyo.

EMMA

¡Ah!, pero lo que tú no sabes es que yo sería capaz de hacerlo como lo digo, si fuera necesario para salvar ese cariño...

CECILIO

¡ Dame otro abrazo ! ¡ Eres toda una mujer !

(Se oye fuera la bocina de un automóvil)

EMMA

¡ Andrés, Andrés que llega... !

CECILIO

¡ Y llega a tiempo, córcholis !

(Hay unos momentos de ansiedad. Andrés entra, de prisa, por lateral derecha).

ANDRÉS

¡ Emma, vida mía !

EMMA

¡ Andrés !

ANDRÉS

¿ Pero, dime : cómo ha sido esto... ?

EMMA

Tú... no preguntes. Ha sido, y nada más.

ANDRÉS

Pero, ¿ es verdad, verdad, mi alma ?

EMMA

Sí, Andrés ; Andrés mío. Ya soy tuya, tuya para siempre.

ANDRES

¡ Emma... bendita seas ! Ángel mío ; ángel de mi guarda, tú me salvas y me redimes... !

EMMA

No, Andrés ; has sido tú... Tú mismo te has redimido... ¡¡ LO QUE REDIME ES EL AMOR!!

(Don Cecilio les contempla, enjugándose unas lágrimas : ¡ las primeras !)

TELON.

En prensa (del mismo autor)

SOR MARIA DE LA TENTACION

(Comedia dramática, en dos actos.

Escrita para Rosario Pino). : : : :

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.
